REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXV — San José, Costa Rica **1938** Sábado 22 de Enero — Núm. 3

Año XIX — No. 835

SUMARIO

Hostos, acontecimiento de América

Por MAURICIO MAGDALENO

= De *Ibérica*, Nueva York =

Mientras los caudillos que el siglo diecinueve generó prolíficamente en tierras de América henchían del estruendo de sus ambiciones el aire de todas y cada una de las patrias filiales de España, y los ideólogos de toda fe y toda tendencia aplicábanse, solícitamente, a servirles, a cantarles o a combatirles, Eugenio María de Hostos lanzaba su rara, su ardiente, su grande consigna: enseñar a pensar al Continente. Tal es el sentido de su inflamado mensaje libertario, libertario de veras, integral, esencial y categóricamente libertario. No fué el borinqueño un filósofo porque ni creó un sistema ni edificó una concepción ontológica del universo ni especuló con los conceptos de la filosofía; pero, a su modo —americano, profético, inspirado— es el más grave de los acontecimientos del espíritu en América, un filósofo a la americana, un organizador de la conciencia. En los años atiborrados del delirio de la libertad, en los que arriba a tierras nuestras la pleamar de la agitación revolucionaria de Europa, en plena coyuntura romántica de los principios de la Revolución Francesa, cuando todos y todo hablaba de libertad y los corazones se emborrachaban del zumo del tropo, Hostos, revolucionario y renovador, va al fondo del drama de nuestros pueblos y localiza en lección acendrada la dimensión de la exacta libertad de América, la de pensar con sus propios sesos, la de superar la bárbara condición de su servidumbre colonial, la de ordenar en programa el turbulento caos de su conducta. Tenía que emanar de lo más macizo del trópico la voz que se ensañó contra la inercia, la vileza, la morbilidad, la vanidad, la insuficiencia, la superficialidad, la debilidad, la incapacidad tropicales. Pues en el dulce y agostador asiento del hombre americano descubrió el portorriqueño razón y causa patológicas, nervios sueltos y sangre espesa, verborrea tórrida y prurito escandaloso de imitación de simios. El choque de la sangre ibera con la indígena y la negra en un tal trópico, por otra parte, recrudeció el reblandecimiento de la especie mestiza, relajándola y degradándola. El pudoroso pensador que era Eugenio María de Hostos se revolvió contra esa barbarie de los pueblos americanos y sentó, como pie inicial de una verdadera, de una puntual libertad, la consigna en que apostólicamente hizo arder su existencia, de punta a cabo: enseñar a pensar al Continente. ¿A qué dejarse arrastrar por el sueño de los tropos delirantes? Las sociedades informes han de redondear, primero, la noción de su responsabilidad. ¡La libertad! gritaban los ideólogos del delirio romántico, suscitando calcas serviles del patrón europeo revolucionario de esa hora. ¡La libertad! ¿Cuál? No se decía cuál. La libertad a secas, la libertad del gorro frigio y los Derechos del Hombre. Cuando turbas e ideólogos languidecían en el arrebato de su arenga y se les secaba la garganta, aparecían, irremisiblemente, fatalmente —fruto serondo del ululante parlotear— los déspotas analfabetos que aprovechaban el cansancio general para meter en el puño a los pueblos e instaurar las más bajas y sombrías formas de gobierno. En lo íntimo del fenómeno americano, los ideólogos clamorosos y los tiranos iletrados son efecto de una y misma causa generadora. La verborrea tropical y la barbarie del machete son productos latos de la selva americana. En medio de ambas, implacable, flamígero —"talentudo y corajudo", calificó Galdós— Hostos emerge del aquelarre como el primer resplandor del alba perforando la tiniebla.

Eugenio María de Hostos

Madera de *Fco. Amighetti*

Nació en Mayaguez, Isla de Puerto Rico, en 1839.
Falleció en la República Dominicana en 1903.

Exhala su existencia, como su obra y su inspiración, un hálito de terrible soledad. Ni conoció los halagos del poder ni las dulzuras de la paz, ni saboreó la complicidad del proselitismo, ni disfrutó de los gajes de la facción, ni persiguió los estímulos que se brindan, de ordinario, a los maestros. Si fué maestro, debió haber derramado su locución intensa dentro del más perfecto desprecio por los convencionalismos y las fórmulas hueras del magisterio. Quien no tuvo otro mensaje que el de enseñar a pensar a su Continente, sabía de antemano que no sería popular ni menos solicitado por la atención de los sátrapas autóctonos —mera expresión del caos telúrico— que nunca vieron con buenos ojos el tránsito de las ideas ni la lucubración del pensamiento libre. Desde que llega a América de España y se dedica a correr el

Continente, vagabundo y misterioso, le cerca esa atmósfera enrarecida de la soledad. Ni tenía programa demagógico que ofrecer a los de abajo ni loa mendaz que entonar a los de arriba. Su grito imperioso, dicho en sordina, no le atrajo ni amigos ni enemigos. Era, a secas, una voz de otro mundo que no tenía percusiones en el ámbito de la selva tropical. Y no obstante, era y sigue siendo la suya la única consigna válida en el desvalido campanario de América, la consigna de la libertad superior sin la cual no es posible que se organicen las nociones de las otras libertades: enseñar a pensar al Continente. Cabe asegurar, estrictamente, que en tal evangelio es la nota espiritual más actual de estas tierras. Cuando soltó el verbo, a lo largo de cuarenta años borrascosos y fieros, se lo apagaron el estruendo y la querella de los campanarios, y todavía no hay aire propicio para él. A mayor abundamiento, su existencia no alcanza ese clamor heroico en el que tantos de sus contemporáneos habrían de dar batalla contra la barbarie, y por lo mismo no es popular —y no lo es en el más neto sentido de la expresión, llana y simplemente porque los pueblos no le conocieron ni menos experimentaron la más nimia reacción de su mensaje.— Su heroicidad, como la buena agua de los ojos subterráneos, era silenciosa, honda, abscóndita y esencial. A la hora de las voces engoladas, románticas y ardientes, dió la suya en el decoro de una intimidad que se antoja la más antirromántica. Su propio mesianismo carece de apostura y de arenga y no se aviene a los ruidos de la plaza pública. Y sin embargo, él, que tanto fustigó a su raza —a su embrión, a su larva, a su humus de raza— y que tanto y tan bravamente la sacudió por los cuatro costados, era un apasionado que hacinaba tempestades y que columbraba, en la lontananza de su sueño, a su gente y a su suelo dueños de un destino superior y libre. Su suelo lo era la extensión de la Pampa a las Antillas y al Bravo, y su gente los hijos de todas las razas mestizas, los criollos y los indios cholos, araucanos, incas, mayas y nahoas. Hombre educado en España y arrancado a su Borinquen cuando, a su vez, era una pura larva, vivió en todas las patrias donde se habla el castellano y aun en la que ejercía ya el mandato continental y que habla el inglés, y por el espíritu y la sangre pertenecía a la sola patria grande del anhelo fracasado de Bolívar. Mucho más influjo que él obtuvieron, cerca de las turbas o de los intelectuales, una cincuentena de ideólogos gárrulos o mediocres; pero nadie le aventaja —ni siquiera se le pone al flanco— en punto a dimensión del mensaje porque cuando unos caducaron por anacrónicos y otros resultan insufribles retóricos y los más mera locución lírica, Hostos sigue y seguirá siendo el padre del apremio capital de América—alfa y omega de su sino:—enseñar a pensar al Continente.

Y basta y sobra con considerar que aún no hay esperanza de que se aclare la anfractuosidad de nuestra selva, para palpar el tamaño de su consigna. A treinta años de la desaparición del portorriqueño culminante, siguen las misteriosas tierras de América empeñadas en la reyerta del campanario y la voz que no fué nunca popular está apagada como el fluir de una pira. Apagada y muerta. A veces hasta parece que nunca haya estado viva y que todo este acontecimiento americano que es Hostos no es sino un mito o un símbolo—símbolo y mito de la conciencia que se obstina en organizar la luz en la primera tiniebla.

Bolívar

Bolívar es más grande que Alejandro, el cual pasó como el rayo para dejar desastres, y después la división; más grande que todos los Césares, que sólo se encuentran en Suetonio para presentar ante los ojos eunucos y parásitos, mesas opíparas y gustos frívolos, intrigas de corte y torpezas bajas, y un género de molicie tanto más ruin, cuanto que trataba de cubrirse con la púrpura; más grande que Julio, el cual atravesó el Rubicón para el imperio. Bolívar, por último, se destaca en medio de los siglos y la historia, para mostrar a los unos el rumbo, para enseñar a la otra sus doctrinas; y Colombia, su obra, aparecerá siempre como un norte para la navegación del derecho, y como un faro para los mares de la libertad.

(De Cecilio Acosta, en el tomo II de sus *Obras*, Caracas, 1918).

En recuerdo de Hostos

= De *La Voz*, New York, 11 de enero de 1938 =

Celébrase hoy el Aniversario del nacimiento, en la ciudad de Mayagüez, Puerto Rico, de una de las figuras más destacadas del Continente: *Eugenio María de Hostos*.

Es justo que en pleno Nueva York, un órgano hispano celoso de nuestra cultura y grávido de empeños democráticos, *consagre algunas palabras a su memoria*. Es justo no sólo por haber sido Hostos un elevado exponente de esa cultura sino también por el contenido superador de toda su obra.

La América Hispánica produjo en el curso del pasado siglo, grandes figuras literarias. En Argentina nacieron Alberdi y Sarmiento, en Venezuela Bolívar, Andrés Bello, Cecilio Acosta; en Ecuador, Juan Montalvo; en México el Nigromante y Mora. Los unos brillaron en el campo de la filología y la literatura pura; otros unieron a ese don la capacidad filosófica. *Hostos estuvo entre estos últimos*. Su labor se perfiló como una de las más vastas y profundas. Un conocido ensayista, Francisco García Calderón, dijo de ella: "Después de la de Bello, la obra de Hostos es la más medular de todas las realizadas en la América Hispánica durante el pasado siglo".

Su pensamiento transitó por todos los caminos que conducen a la sabiduría, en la acepción helénica de la palabra. *Y llegó a ella en calidad de dominador*. Constitucionalista, moralista, crítico literario, pedagogo y sociólogo, en cada una de esas ramas del saber dejó las huellas de su personalidad vigorosa. *Crear era su sino*.

El no se circunscribió a los cánones dogmáticos de la ciencia de su época: los fué más bien violando para ampliar su contenido y enriquecer su esencia. Así lo vimos edificar, —dentro de la arquitectura spenceriana, es cierto—, una nueva escuela sociológica aplicada a la realidad indo-hispánica; en Derecho Constitucional ofreció también cosas suyas, y exaltó lo que ya—lustros atrás había brindado el genio de Bolívar; en Etica, regaló, con su Moral Social una contribución novedosa y ubérrima.

Esta labor intelectual de indiscutible valía iba en él *unida a sus empeños de progreso y de organización colectiva*. No fué, pues, Hostos el pensador que se encerró, —celoso de su propio pensamiento— en su torre de marfil. *Todo lo contrario*. Su capacidad de filósofo no lo despojó de sus funciones *de hombre*, de miembro de una colectividad que, por su propia desorganización, necesitaba de su genio y sus esfuerzos. Por eso, donde quiera que él puso el pie, realizaba obra constructiva. En Santo Domingo fundó la enseñanza racionalista; en Chile contribuyó al encauzamiento de las actividades pedagógicas; en España hizo prédica valiente de republicanismo.

El ideal de la democracia se agitaba en su pecho. Todos sus libros y escritos están impregnados de ese empeño noble. Democracia liberal, tal como la soñaron los enciclopedistas, es verdad; pero *que representaba un extraordinario avance* sobre las realidades iberoamericanas de la época.

Cosechó la siembra de Bolívar. Estudió la naturaleza de nuestras sociedades y expuso sus males y remedios. El capítulo aquel de su Sociología, donde analiza las enfermedades sociales, —entre ellas las iberoamericanas— constituye un precioso hallazgo. Mientras casi todos los intelectuales de la época se perdían por veredas líricas y saciaban su curiosidad científica en los laboratorios y museos de la vieja Europa, Hostos fijó los ojos en sus propias tierras, y sobrepasó a Humboldt en la análisis. Sólo Alberti a nuestro juicio, tuvo, como él, una visión más o menos exacta de los problemas iberoamericanos. Ambos realizaron, pues, obra de cultura autóctona; aparecen como los precursores del hermoso movimiento que con el fin de valorizar lo nuestro, realizan hoy las juventudes renovadoras de América.

Es verdad que políticamente su penetración pudo, tal vez, llegar más lejos. Estrechamente vinculado a Stuart Mill y a Heriberto Spencer, descuidó la importancia del factor económico en el desenvolvimiento de los pueblos. Pero hay motivos: aunque Marx ya había publicado su extraordinario libro, desconocíamos las violentas crisis del capitalismo, que más tarde aparecieron. Nadie, en nuestra América había enriquecido el ideario democrático con las aportaciones de las tesis socialistas. *Hostos permaneció, pues, dentro de sus pueblos y su momento histórico*. Propugnó por la unidad de ellos; trabajó junto a Luperón y Betances, por la independencia de Puerto Rico, y la cristalización de la Confederación antillana, porque así lo exigía la cultura, la raza y su anhelo. El no pudo ver, hace cincuenta años, un contenido económico en ese empeño unitario.

Las cuestiones del imperialismo no le llamaron la atención. *Pero no importa. Fué de su época. Y ofreció a sus contemporáneos luces y apoyos que ellos desconocían. Como tal debemos admirarlo. Y exaltarlo hoy, en el 99 año de su nacimiento*



Hipersexualismo

Madera de *Emilia Prieto*

Concepto materialista del arte

Conferencia leída en Juventud Democrática el 21 de noviembre de 1937

Por EMILIA PRIETO

= *Envío de la autora.* San José de Costa Rica, dicbre. de 1937 =

(y 2. Viene de la entrega pasada)

Y hechas ya estas aclaraciones podemos compaginar las palabras que constituyen el tema de esta disertación, *Concepto materialista del Arte*, tratando de atenuar el prejuicio ese por el que resulta sacrílego poner al Divino Arte tan cerca de la vil materia. Pero aún se presentaría la cuestión esa tan discutida filosóficamente de la relación que ha querido establecerse entre el Arte y la Belleza. Quizá sea antidialéctico usar eso de relación. Más parecieran acondicionarse ambas cosas íntimamente como el movimiento y la materia—porque cabe afirmar que también las más finas partículas de la producción artística están animadas por esa razón suprema de economía biológica y universal, que conocida como armonía y ritmo, son en síntesis belleza. Recordemos, a propósito cómo en el *Anti-Dühring*, Engels, con esa su inimitable ironía, al analizar aquel puente de la continuidad que establece su contrincante, o por mejor decir, su criticado, entre el movimiento y la materia, le dice más o menos: "Vea, señor Dühring, es puente de la continuidad no es otro a mi entender que el de los burros, y el primer burro que lo atravesó fue Ud.". Por eso —dentro de una posición materialista—tampoco vamos a negar la belleza así como creo yo que no nos será posible negar ninguno de los postulados del idealismo sino simplemente darles otra clase de interpretación, sacando del campo de la metafísica en que hasta ahora se han movido como sombras blancas e intangibles, la Verdad, la Justicia, el Bien y la Belleza, para darles en el campo de la acción y ante el devenir mayores posibilidades de rendimiento. Por eso, lo que se ha entendido por belleza hasta hace unas décadas, adolece de los mismos errores y las mismas fallas de que están llenas las concepciones estéticas—siendo así que hay una belleza de tipo burgués, de tipo individualista o por mejor decir, de tipo capitalista, como también la puede haber de carácter místico, arqueológico y hasta prehistórico, porque las posibilidades cambiantes de la belleza son incalculables e infinitas, y no pueden estar subordinadas a la intransigencia ocasional de las clases privilegiadas.

Pero, en este momento y dado ese avance continuado de lo histórico hacia un reajuste total de todos los valores, quiero manifestar con todo el énfasis de que yo sea capaz, que la belleza de la ternura, de la inconsciencia, de la piedad, de la resignación o la belleza morbosa del dolor son nefastas, y hay complicidad de exaltarlas, porque mientras seamos dulces, resignados, piadosos y sufridos pueden dormir a pierna suelta el capital y la opresión y los explotadores tendrán aseguradas sus ganancias. No faltará quien diga que nada tiene que ver lo uno con lo otro. Pero eso revela falta de observación y un desconocimiento absoluto de las relaciones del arte con la vida social. El arte es algo eminentemente pedagógico. Sabido es el hondo efecto psicológico que aquél determina en la voluntad y en la conciencia de los individuos, hasta el punto de que hoy los anunciantes de toda clase de productos recurren casi exclusivamente a medios plásticos con el fin de atraer compradores. Creo que ninguno de nosotros desconoce el éxito mundial con que la casa Bayer ha impuesto sus productos, a base de anuncios gráficamente elocuentes, a tal extremo que hoy no hay quien no se aspirinice cuando le traquea un tobillo. El Capital ha entendido muy bien este aspecto didáctico del arte pero lo ha tomado sólo para dar a conocer productos, porque verdades especulativas y postulados filosóficos no son artículos que puedan ofrecer la truculencia de sus gráficas. Por eso creo que la Revolución debería intensificar la campaña en ese campo para que esos insuperables efectos didácticos traspasen ya resueltamente las fronteras de Rusia y Méjico. El efecto del cine, por ejemplo, es de cualquier observador avisado muy bien conocido. Ya lo que podría llamarse una mujer de película pulula por nuestras calles. Casi no nos es posible tratar muchachas auténticas, porque en la mayoría de los casos irrumpen por todas partes gretas, imperios y lupes sin dejar uno que otro Clark Gable que de cuando en cuando nos sale al paso. Y si aún se quiere un ejemplo más elocuente no hay más que asistir en provincias a la procesión de la Dolorosa, para darse cuenta de que todas las concurrentes van poniendo la cara como se la hizo a la virgen el santero siguiendo los moldes que aún le presta la tenebrosa realidad social de la Edad Media.

Empeñados en arrancar la Belleza de ese campo de las abstracciones en que lo situaron Kant y Hegel, busquemos información por lo pronto en las siguientes consideraciones que al respecto hace Castelnuovo:—"El sentido de la belleza reside en la conciencia que el hombre adquiere voluntaria o involuntariamente de todas las leyes que rigen la formación y transformación del universo. El concepto de belleza o de fealdad, entonces fluye de la perfección o de la imperfección de lo que el artista reproduce, excluyendo de esto la perfección o imperfección de su habilidad técnica. Y la perfección o la imperfección se deriva del molde mismo que la naturaleza nos ofrece en todas sus cosas, molde que cambia constantemente, adaptándose y readaptándose a los cambios que el movimiento le imprime a la materia".

Y más adelante, refiriéndose el mismo autor al respecto que podría llamarse utilitario de la belleza dice, con gran acierto creo yo: —"Cuando un animal no necesita más un órgano determinado, como la motilidad del cuero cabelludo en el hombre o la motilidad de sus orejas, esta función, si persiste, termina por ser fea en virtud de su inutilidad. El sentido de la belleza y el sentido de la utilidad se desarrollan y actúan paralelamente en el sér humano. Del mismo modo—"todos los elementos que contribuyen a mantener nuestro equilibrio físico, la luz solar, el agua, la atmósfera son bellos y gratos, porque satisfacen nuestras necesidades orgánicas, procurándonos un placer y una

alegría; y todos los elementos que contribuyen a originar nuestro desequilibrio, el humo industrial, los pantanos, etc. son repulsivos y feos porque conspiran contra la integridad de nuestro cuerpo. Y para terminar,—"Si logramos comprender la raíz de la belleza que se traduce por la perfección, y la raíz de la perfección que se traduce por la armonía y la plenitud de nuestro organismo, la armonía y la plenitud de todo cuanto con él se relaciona, comprendemos también la raíz del bien y del mal, de la moral y de la inmoralidad que brotan de un manantial idéntico". Con todo lo cual, me permito agregar yo, la teoría de la belleza no puede escapar en modo alguno a un criterio dialéctico de las cosas. Por eso, yendo a la parte esencial de todo esto, no podríamos pasar adelante sin citar una vez más a Castelnuovo—: "Al dividirse la sociedad en clases, la belleza adquiere también, forzosamente, un sentido de clase. Empieza a participar de los antagonismos de la sociedad como lo moral y lo inmoral, como el bien y el mal. La clase dominante es la que impone su tipo de economía y con ella el patrón original de toda la superestructura. En la época de la burguesía quien legisla y sanciona el código de la belleza, esté o no conforme a la naturaleza, o en general a las nececidades biológicas del hombre, es la burguesía. En la etapa del renacimiento la pintura no pinta Cristos y madonas, papas y cardenales, porque conciba la belleza a través de la religión, sino porque la religión domina económica y políticamente y obliga al arte a participar de su catecismo ideológico": Sin embargo, en ese tinte de gracia pagana que hay en Rafael, por ej.; pareciera actuar el arte apriorísticamente en el sentido de precipitar ese anhelo humanista que caracteriza al Renacimiento, y sería allí donde está lo que pueda tener de revolucionario.

Pero, agrega el autor que vengo citando, "el tipo bello o feo que engendra una u otra clase en consecuencia deviene inversamente feo o bello para la clase contraria, en virtud de la función opuesta que una y otra clase desempeña en la socidad. Para el gusto burgués, un mequetrefe con bigotito y hombreras de cartón, engominado y sardanápalo, es hoy el prototipo de la belleza física masculina. Pero para el gusto proletario, ese mismo modelo resulta, afortunadamente, lo que en realidad es, una figura ridícula y estéril. Un obrero, al juzgar la estructuración corpórea de un señorito, piensa necesariamente en lo que haría semejante esperpento somático, metido en una fábrica o en un taller. Y lo desprecia porque tiene conciencia de su insignificancia y de su inutilidad civil".

Así queda establecido con toda propiedad, que "cada escuela artística representó en efecto, no una corriente estética, sino una corriente política y económica"—"de manera, que hasta que no se formule una clasificación marxista del arte, no se estará en condiciones de abrir un juicio concreto acerca de su significación y de su historia".

Y volviendo ahora a lo que sería mi manera de ver personal, creo que en nuestro ambiente anodino y retrógrado, de colonias sin vida propia, las pocas manifestaciones artísticas que haya sufren la misma crisis en que se hallan todos los valores. Así como se le llama justicia, ya no a la concepción abstracta de Kant o Hegel sino a todo un sistema de subterfugios, honradez a la hipocresía, valor a la temeridad, sinceridad a una grosera rudeza y cordura al mantenimiento cuidadoso de una milenaria rutina, se le llama arte a esa mañosa habilidad que en mi concepto es lo que menos se le parece, porque más propiamente debería llamarse pseudo-arte. Y el pseudo-artista es indeseable, porque como creo haberlo demostrado, con su inconsciencia contribuye a la consolidación de este pavoroso retroceso, en que sentimos por momentos que el mismo suelo que pisamos lo es de incultura y barbarie. Creyendo haber demostrado que los recursos artísticos pueden ser usados en uno u otro sentido como un factor poderoso, podría confirmarse lo demostrado considerando el cable aquel que describía una caricatura publicada en un periódico ruso, fijando todo un momento político al hacer el ridículo de la llamada evacuación de voluntarios, y provocando así, con la rapidez de una centella, todo un incontenible movimiento de opinión. A eso es a lo que los del otro bando le llaman despectivamente—"arte político".—Pensarán bien lo que dicen,—porque, en su último sentido, ¿no es política toda la serie de actividades desplegadas para que la vida social y por ende la de los individuos, se desenvuelva normalmente, de acuerdo con normas civiles que garanticen esa seguridad personal necesaria a nuestra propia conservación? ¿Hay pan en nuestra mesa, reciben los niños adecuada educación, podemos externar nuestras opiniones libremente?—pues todas esas, al parecer pequeñas cosas que dignifican nuestro diario vivir, elevándolo al nivel de la cultura, han sido grandes y difíciles conquistas, precedidas por una larga serie de luchas políticas. Pero si ocurre lo contrario, si se nos oprime y persigue y hay hambre y no se hace justicia y huyen desbandados los elementos que le son indispensables a la civilización en su curso evolutivo, también eso viene a ser política, pero a poco ahondar en ella, nos hallaremos con la contextura hueca de lo que es caos, es decir, de la razón de la sin razón de que habla el Quijote, porque en las bases no hay ideología ni dialéctica, ni sentido humano ni nada que pueda garantizar ese aspecto afirmativo dentro del cual debe desenvolverse por ley natural la vida de los pueblos. El plano privilegiado de lo ultrapolítico no existe. En un momento como el actual se cumple lo del Evangelio: — "El que no está con migo está contra mi". — El arte morboso que aún le canta al dolor y que se vale de una lírica descriptiva de simple espectador y nos habla en tono oracular, de la *franciscana pobreza* y de la *santa resignación*, quítese su careta de ácrata, porque es fachista y combata frente a frente desde el otro bando.

Y no nos venga a subplantar la realidad sustantiva de lo que debe ser el arte con los recursos adjetivos del automatismo, el refinamiento y la habilidad. Ya hoy, el principal elemento del cuadro no es la luz de los impresionistas, ni el rebuscado color de los académicos, ni el bloque duro y las líneas nítidas de los cubistas indiferentes, sino el hombre mismo, con todos sus dolores y sus ansias, con sus imprecaciones y los mil juramentos reivindicadores que bullen en el crisol de su vida interior. De nada sirve el equívoco de Nietzsche, que al ir contra el burgués en lo que éste tenía de afirmativo, se acomoda, como dice Plejanov, con el orden burgués. En las sociedades frívolas triunfan con los vistosos y fáciles recursos del neoacademismo, las medianías hábiles. Pero siguiendo los postulados de Piazzi, un gran crítico italiano: — comprendemos que "el artista si lo es de veras es ante todo un profundo observador". Quien se ha puesto a observar con sentido de responsabilidad social y civil, esta época de convulsivas realidades, en que nos ha tocado vivir, es un tránsfuga y un traidor, si sustituye con arreboles y matices y tonos delicados, los colores de fuego y las líneas gruesas y negras con que sobre las murallas y las paredes de las ruinas, ha de mostrarse a los hombres de una manera pedagógica los errores que los aniquilan y las verdades que los salvan. Porque el contenido revoluciona la forma. Ni Clemente Orozco, ni Jorge Grotz, ni Bagaría podrían ironizar con gorgoritos. Necesitan medios técnicos accesibles y la más simplificada forma de expresión. Frescos, lápiz, grabado sin nada de lo adjetivo, pero sí con cuanto sea sustantivo. Claridad pedagógica, la cual no excluye en manera alguna el valor artístico, sino que cuanto más se acerque a lo humano y a lo vivo, más probabilidades tiene de llegar a lo clásico. A este respecto dice Plejanov: — "La tendencia de ser útil a la sociedad, condición de la virtud antigua, origina sentimientos de abnegación, y la abnegación puede convertirse con mucha facilidad, y se convierte frecuentemente, como lo demuestra la Historia del Arte, en motivo para la representación artística. Basta recordar las canciones de los pueblos primitivos o — para no alejarnos tanto — el Momumento a Armodio y Aristogitón en Atenas".

"Por eso, la situación de un artista que busque su orientación en la literatura estética — ahora — prescindiendo de toda otra literatura científica, política y económica, es sencillamente lastimosa". "Cualquier arte o cualquier ciencia que omita este doble principio, el principio de la sociedad y el principio de la división en clases, se aparta de la realidad social y por más experimental que sea cae en el campo de la abstracción o en el cíngulo de la magia".

Sigan nuestras niñas bien pintando almohadones, nuestros parnasianos entregados al desnudo ramplón que froidianamente analizado no viene a ser más que pornografía lírica. Sigan el arte idealista sustentando su acendrado individualismo, y los místicos del refinamiento enquistados en la fórmula estéril del Arte por el Arte. Pero por mucho que se celebre y exalte ese automatismo, y por una ley obvia, "la pintura se corrompe paralelamente a la

burguesía, absorbiendo cada vez más las exhalaciones fétidas de su morbosidad. Se corrompe porque vive confinada en un medio corrompido. Se corrompe además gratuitamente debido a que la burguesía no puede ni siquiera dispendiar su corrupción. Finalmente se corrompe porque está demostrado que quien no avanza retrocede, y quien no toma el camino de su salvación toma el camino de su perdición, y quien no se remonta hacia la luz, permanece como un bicho en la oscuridad".

No queriendo que toda esta exposición se entienda como intransigencia, u obsecada negación de valores artísticos que no se discuten, insisto en que todo esto está enfocado frente a la nota del ritmo histórico en que se mueven todas las cosas. No se me escapa que una vez superada la decadencia, como lo demuestra la historia del arte, las nuevas necesidades vendrán a consagrar nuevos valores, que en el instante mismo de la consagración, empezarán otra vez a declinar. Pero si en el momento mismo de ese trance, que a veces toma décadas, se insiste en cotizarlos a precios de reventa, el proceder tiene que ser condenable por obstructivo.

El arte cambia con la cultura. No es croar de ranas, sino fulgor de astros. Por eso ningún genuino anhelo de verdad ni de bien, ni de justicia le es extraño. Si así no fuera, no sería tan profundo el sentido humano que hay en la Divina Comedia. Engels dice: — "Para llegar a la conquista de una moral realmente humana (a la conquista de un sentido realmente humano de la belleza) sustraída a los antagonismos de clase o al recuerdo de ellos, tendremos que llegar a un tipo de sociedad en que no sólo se haya abolido el antagonismo de las clases, sino que, además de abolido, se haya olvidado y desarraigado de las prácticas de la vida".

La unidad popular es la Democracia

Discurso en el Congreso de Pueblo por la Paz y la Democracia efectuado en Pittsburgh, Estados Unidos, los días 26-29 de noviembre de 1937.

Intervención del Delegado Cubano JUAN MARINELLO

= Envío del autor =

Amigos:

Debo comenzar saludando a la asamblea a nombre de las organizaciones cubanas que me han designado su representante ante el Congreso: la *Unión Revolucionaria*, entidad nacional de poderosa vida que viene luchando con ejemplar tesón por la verdadera liberación de Cuba; la *Hermandad de Jóvenes Cubanos*, la más robusta agrupación juvenil de mi país y la revista *Mediodía*, el más popular semanario de la isla. La importancia de este Congreso, (un Congreso por la paz y la democracia) no ha podido ocultarse a un pueblo como el cubano, tan necesitado de respetos democráticos como de paz internacional. Yo siendo tras de mí inspirándome y sosteniéndome no sólo a los organismos que aquí me envían, muy adentrados ciertamente en la conciencia popular de Cuba, sino a esa masa que no entrega credenciales ni extiende poderes pero que determina los destinos del mundo, al pueblo todo de una nación pequeña y heroica que, tras el más doloroso de los procesos vibra ahora en un solo deseo: estructurar con libertad absoluta una forma política en que hallen solución sus graves limitaciones actuales. Imaginad con qué interés seguirá las deliberaciones de esta asamblea un pueblo que fía en una posibilidad realmente democrática el fin de su tragedia y la vía de su destino.

La preservación de la democracia y su conquista son, como se ha reconocido aquí, cosas capitales para todos los hombres y para todos los pueblos. Salvar la democracia es, sin literatura, salvar al mundo, es decir, salvar la posibilidad de superación que está en toda criatura. Por eso se han alzado en este Congreso voces de todos los Continentes y han hablado con emoción y con verdad hombres y mujeres de todas las razas. Pero esta preservación y esta conquista, necesidades vitales del mundo y del hombre, cobran gravedad y urgencia extremas en países como Cuba, impedidos en la expresión de su querer colectivo por supervivencias feudales y agresiones del capitalismo imperialista.

En muchos lugares de la tierra la voluntad de los más está invalidada hoy por virtud de la arisca agonía de una organización económica en derrota. Italia y Alemania sienten en su carne popular el dolor de la más cavernaria regresión: el fachismo es la alteración brutal de su pulso histórico. En los países de vieja y nueva estructura colonial, como en Cuba, en que la vida es un vasallaje desde afuera, esa voluntad,—la democracia,—ha sido siempre una vana palabra: han faltado al pueblo fuerzas bastantes para otorgarle realidad y contenido. Todos los casos de ataque a la franquicia democrática que aquí se han señalado y condenado se producen en Cuba con gravedad y frecuencia para vosotros inconcebibles. Las diferencias de raza, de sexo, de edad y de condición económica que aquí se han denunciado como hechos utilizados para herir la voluntad libre, dan nacimiento en nuestra isla a discriminaciones y opresiones definidamente criminales. Imaginad, ese mundo de injusticias que habéis dicho moviéndose dentro de una atmósfera deformadora, destructora. Y suponed el ansia ávida y tensa de los pobladores de ese mundo. La Democracia es en Alemania y en Italia un anhelo sangrante de las masas y la añoranza punzante de un gran bien perdido. En Cuba es la esperanza de una vida nunca gozada, de una vida que merezca ese nombre.

Imaginad todavía cuál ha de ser el espíritu del cubano, que no ha podido gozar un día de libertad verdadera, al ver que la mancha mortal del fachismo se extiende veloz y violentamente sobre el mapa del mundo, al saber que una herencia de siglos y de sangre, una cultura que le ha llegado trabajosamente, filtrándose entre las rejas de su prisión, es arrasada salvajemente no sólo en tierras madres del conocimiento, (Alemania, la ciencia; Italia, el arte) sino en países como el Brasil, cercano en la distancia y en el destino histórico. Yo vengo de España, de la España heroica de Miaja y Pasionaria. En cuatro meses de contacto con el gran pueblo he podido medir la obra del fachismo, destructor de la vida y de la cultura. La imaginación se fatiga inutilmente para forjar un tormento mayor. Tormento más cruel, tormento inconcebible, ha de sufrir una tierra que posee canales dispuestos por siglos para toda extorsión abusiva, para todo dominio injusto. Este Congreso antifachista viene a luchar contra la barbarie organizada, ostensible ya en el seno de esta gran nación. Para nosotros, hijos de una pequeña tierra colonial, es una batalla magna contra nuestra destrucción, contra nuestra muerte misma.

Las diferencias fundamentales entre la marcha política de este gran país y la de Cuba determinan el carácter de sus luchas por la democracia. En este Congreso se ha visto que en los Estados Unidos esta lucha es un seguir, un conservar; en Cuba es un empezar, un conquistar. Aquí las cosas no han afectado tan seria gravedad cuando se goza de democracia bastante para precisar, sin ambajes ni sordinas, los elementos que amenazan la democracia, es decir, cuando se dispone el remedio eficaz del mismo cuerpo alarmado. En países como Cuba hay que organizar la sección a favor de la democracia por entre las dificultades y peligros de una permanente agresión antidemocrática. Bien vistas las cosas, el problema tiene en muchos pueblos hispanoamericanos cierto aspecto fatal, cierta fisonomía trágica. La democracia verdadera, se dice, ha de llegarnos cuando se rompa la organización económica enemiga del pueblo que la impide aho-

ra. Y esta orgaización no podrá romperse sino mediante los modos de acción que la democracia otorga. Parece, que nuestro caso está fallado en contra de antemano. Veremos en seguida que no es así.

El largo dolor de una opresión secular ha madurado al fin en Cuba el criterio político de sus masas. Ahora se entiende la gravedad del caso cubano y se ponen todas las meditaciones y todos los impulsos en resolverlo. El pueblo todo de Cuba,—y por pueblo debe entenderse aquí el conjunto de interesados en una vida de más justicia,—sabe que el bien inapreciable de la democracia ha de venirle por una lucha de largos y cruentos sacrificios, pero sabe también que Cuba no es una isla perdida en mares lejanos sino un punto vital en el camino político del Continente. Por ello, por razones de buen egoísmo, si Cuba,—también por la importancia de su ubicación,—ha contado y cuenta con poderosos enemigos externos de su pueblo, cuenta y ha de contar cada día más con aliados de su progreso popular.

Para muchos la fe robusta y enérgica que tienen hoy las masas cubanas en medio de tan duras circunstacias es un contrasentido inexplicable. No hay tal. Hay sólo un perfecto entendimiento de los factores que han de decidir el caso cubano. Es que sabemos ya que lo cruel de nuestra situación no es más que reflejo y consecuencia de una injusticia monstruosa que el mundo no puede seguir sufriendo. Es que hemos descubierto, en la universalidad de la pugna actual, que permitir la opresión en casa ajena, no importa la categoría del vecino, es permitirla en casa propia y que mientras se acepte la existencia del germen nefasto se está aceptando la propagación del mal. Cuba lucha por su libertad verdadera sabiendo lo que ha de costarle y conociendo lo que su libertad importa a los pueblos americanos. El conflicto mundial entre democracia y fachismo, entre barbarie y cultura, entre libertad y esclavitud; no aplaza su problema sino que lo resuelve. Cuba sabe ya que lo difícil no es lo imposible.

Ni en los más agitados momentos han confundido los pueblos hispanoamericanos a las fuerzas estadounidenses que causan su desdicha pública con el verdadero pueblo de los Estados Unidos. Nuestra fe, nuestra esperanza en la acción benéfica de las masas de Norteamérica se funda, no en razonas de orden sentimental sino en realidades muy concretas: las fuerzas que están contra la democracia en el seno de los Estados Unidos son en esencia las mismas que, con mayor impunidad, agobian al pueblo cubano limitándole el pan y el criterio. Herir esas fuerzas en la matriz de su injusticia, repetir a todos los vientos la ilegitimidad de su origen, cosa que hacen ya las masas norteamericanas, es debilitar su terrible proyección externa. Cada batalla dada y ganada en los Estados Unidos a favor de la democracia es un combate librado a favor del pueblo cubano. Cuando un pulpo es herido en el corazón sus tentáculos se desmayan vencidos. Como cada herida de los extremidades de un organismo acorta la vida y la potencia del impulso central.

La paz, ha dicho vuestro presidente en un discurso ya histórico, es indivisible. También lo es la justicia. No se puede ser demócrata en New York e imperialista en La Habana. Pudiera decirse que esto es verdad hace mucho tiempo y sinembargo la democracia ha sido desconocida en nuestros países hispanos en mil ocasiones sin enérgica acción de las masas norteamericanas. Cierto. Pero no se olvide que ni el conocimiento de nuestras realidades ni el sentido mundial y agresivo de la reacción estaban en la conciencia de nuestras masas. Han sido necesarios estos años decisivos para que los pueblos entiendan la unidad de su defensa, para que sepan que mientras haya un hombre al que se nieguen el pan y la palabra están en peligro de esclavitud todos los hombres. Es ahora cuando sabe el pueblo norteamericano que defendiendo la libertad en Cuba defiende su propia libertad y que alimentando la agresión del imperialismo en la isla trabaja en su propia esclavitud.

Si algún bien pudiera anotarse al fachismo sería este de haber ahondado la unidad de la conciencia democrática. El fachismo ha de pasar, derrotado. En el esfuerzo por su ruina habrán ganado los pueblos un sentido universal que será la más firme garantía de superación. De estos congresos ha de salir el robustecimiento de ese sentido. Yo aliento la seguridad de que en las luchas de mi pueblo por obtener lo que habéis logrado y hoy estáis en peligro de perder, el pueblo de los Estados Unidos estará a su lado. En el frente de lucha que hoy es el mundo hay que atender con preferencia los encuentros de mayor encono. Cuba hará su deber dando en la terrible encrucijada que es su caso su sangre mejor. El pueblo de los Estados Unidos no permitirá que quien lo maltrata en su seno se ufane de haber obtenido en Cuba a muy fácil precio, energías para maltratarlo más. La unión en la justicia será la unión en el triunfo. Y la libertad, por esta unión, el único modo de existencia americana.

La Magdalena Fruit Co. y el Gobierno colombiano

Por G. CASTAÑEDA ARAGON

= *Envío del autor*. Bogotá, enero 2 de 1938 =

Quien visite detenidamente la zona verde de las bananeras, paraíso de los grandes productores e infierno de los pequeños, se dará cuenta en seguida de que en ese pródigo pedazo de tierra colombiana, reside un peligroso centro de penetración del capitalismo absorbente de la nación vecina. Bastará saber que la compañía exportadora de bananos denominada *Magdalena Fruit Co.* (reencarnación de la *United Fruit Co*). es dueña de las dos terceras partes del suelo sembrado, ya en la forma directa de propietaria, ya en la de copiosa prestamista de agricultores, cuyas plantaciones, por esta sola circunstancia, son también, prácticamente, bienes de la empresa. Un patriota cubano, en la época de las concesiones azucareras, gritaba,—"Vender la tierra es vender la patria". Ese grito tiene grandes repercusiones entre nosotros.

La *Magdalena Fruit Co.* ha sido en Colombia un estado dentro del estado, hasta hace poco tiempo. La voz del gerente de esa compañía era omnipotente. En 1928, el ministro de guerra dirigía al gobernador del departamento telegramas como éste: "Como según noticias que acabo de recibir por inalámbrico del gerente de la *United Fruit Co.* (la actual *Magdalena*), la situación política de la zona bananera es bastante delicada y peligrosa, he dispuesto que sigan inmediatamente a Ciénaga el Gral. Cortés Vargas, jefe de estado mayor de la segunda división, y un batallón del regimiento acantonado en Barranquilla..." Esto dará idea. En la zona, los inspectores de policía ganaban 20 o menos pesos como sueldo departamental y disfrutaban del doble como sobresueldo que les asignaba la compañía.

Cuando se removía el viejo asunto del monopolio y llegaba un investigador a Santa Marta, la *United Fruit Co.* lo tomaba por su cuenta, agasajándolo hasta aturdirlo; de tal modo que al regresar a Bogotá informaba una de serie inexactitudes. Así fué como en 1930, basado en estas informaciones, dijo el señor Enrique Casas, ministro de industrias entonces, en un comunicado a las cámaras, que la compañía empleaba *treinta y dos mil obreros*, cuando la empresa misma había informado oficialmente el año anterior, que el número de los trabajadores de su dependencia era de unos *cinco mil quinientos*. El señor Casas decía también en aquel informe. que las mujeres de la zona *vestían de seda gracias* a los altos salarios que pagaba la *United Fruit Co.*, afirmación tan falsa como la anterior y como otras del informe mencionado.

En un folleto que publiqué en Barcelona hace cuatro años, demostré con documentos irrefutables que fué la compañía bananera (*United* o *Magdalena Fruit Co.*, como se quiera) la directa responsable de los dolorosos sucesos de 1928. Pero esa publicación paró en silencio en el país, con excepción de un diario que habló, y esto mientras que en el exterior lo comentaban escritores como Manuel Ugarte, *Juan del Camino* y Luis Alberto Sánchez. Lo curioso es que todavía, a estas horas, pocos parecen haberse dado cuenta en Colombia de la gravedad del problema. Las protestas que algunos descastados han formulado recientemente contra el gobierno, por la acción que éste adelanta para la investigación de ciertos oscuros manejos de la compañía, demuestran el relajo de esos malos colombianos, que han vivido y viven de la largueza del capataz extranjero.

Lo vieron llorar...

(Se trata del Dr. Varona): *Conservó hasta sus últimos años, apesar de las crudas experiencias de una fortuna casi siempre adversa, una sensibilidad delicada, pronta a deshacerse en lágrimas al más leve roce del dolor humano. Lo vieron llorar los deudos de José Manuel Mestre en presencia de su cadáver; lo vió llorar Manuel Serafín Pichardo cuando le leía el artículo magistral que escribió para* El Fígaro *a raíz de la muerte trágica de su fraternal amigo Esteban Borrero Echevarría; viólo llorar una nutrida concurrencia en el Aula Magna de la Universidad cuando haciendo el elogio del P. Varela ante sus cenizas recién llegadas del extranjero, se lamentó del desastre moral y social en que había caído la obra de aquellos excelsos fundadores: la República.*

(De Elías Entralgo en el libro *Enrique José Varona: Su vida, su obra, su influencia*. La Habana. 1937).

Un canto a las madres de América

Por MANUEL NAVARRO LUNA

= Envío del autor. Manzanillo, Cuba. 1937 =

A don *Joaquín García Monge*

La sangre...!

Y no veis la sangre!
No sentís el golpe de la sangre en las tumbas abiertas!
No escucháis el llanto de los niños que caminan sobre la muerte
ni el grito de las madres clavadas al espanto de la tierra...!\

Y no estáis sordas...!
Y no estáis ciegas...!
¡Madres...
¡oh madres de América...!

Cruzáis entre la noche que es un estruendo de ataúdes;
camináis frente al día que es un huracán de tinieblas,
sin ver que los surcos del crimen esperan abiertos ante vuestros ojos,
y que vuestros hijos caerán en las fauces hambrientas.

Los Junker...!
Los Caproni...!
Los Heinkel...!

Tal vez las mismas alas negras,
y los mismos verdugos, tal vez con otros nombres,
despedazarán nuestras ciudades indefensas...!

Ayer, Abisinia;
hoy, España;
hoy, China.
Mañana... ¡Oh madres de América...!

Pero no veis la sangre...!
Y las madres que luchan en Madrid y en Shanghai contra la codicia
[extranjera,
no tan sólo defienden a sus hijos, a sus hogares, a su patria,
sino que están muriendo por la humanidad entera;
muriendo por todos los niños del mundo,
por todas las madres de la tierra.

Aún podéis, sin embargo, alzar vuestros latidos frente a la muerte;
aún podéis ayudar a la vida con el resplandor de vuestras venas.
Pero no en los altares donde un Cristo impasible ve correr en torrentes
[la sangre...
pero no en las iglesias
donde curas y Obispos
son cómplices de la rapiña y de la guerra,
sino clavando en los caminos de la sangre vuestro canto profundo;
ayudando con vuestra claridad eterna
a las madres que mueren en Madrid y en Shanghai:
¡a las hermanas vuestras!

La sangre...!

Es la Svâstica! Son las Camisas Negras!
El crimen! La barbarie!
Todo lo obscuro! Toda la tenebrosa opresión de la fuerza!
Y para mantener los privilegios del clero,
de la burguesía y de la nobleza,
de nuevo el Santo Oficio;
de nuevo las hogueras;
los dientes de la sombra hundidos en el corazón de la luz...
¡La regresión al mundo del horror y de la tiniebla...!

¡Alzad vuestros latidos...!
¡Alzad el resplandor de vuestras venas...!
Viene la muerte... Ya está aquí la sangre...!
¡Madres...
¡Oh madres de América...!

Tierras, Mares y Cielos

Por NAPOLEON VIERA ALTAMIRANO

= De *Diario de Hoy*. San Salvador, El Salvador, 23 de Enero de 1938 =

Un gran trabajador, un férvido unionista, Ismael Zelaya, hondureño de sano espíritu y amigo nuestro gracias a la bondad de Medardo Mejía —que juntó nuestras manos—, entrega hoy una obra bella. Se trata nada menos que de ese poemario de Juan Ramón Molina, el más grande de los poetas de Honduras y uno de los más notables de toda la América: *Tierras, Mares y Cielos*. Nombre más universal, más amplio y orgulloso para un libro, sólo podría caber en la mente de Juan Ramón, que la picaba de futuro mariscal centroamericano y Goethe de las letras americanas.

Yo era un chiquillo cuando murió este gran Juan Ramón. No le conocí en el sentido que a la frase dan los escritores que blasonan de haberse codeado con medio Olimpo. A lo mejor, lo que podría decir parecería a aquello de José Madriz, hijo, cuando lo presentaran con un notable muchacho de Santa Ana. "¿Cómo? ¡Si ya nos conocemos! ¡Para qué presentaciones! ¿No se acuerda usted de cuando le tiraba piedras desde la casa de doña Fulgencia?"

Yo era un chiquillo nada más. Lo vi solamente unas dos veces, allá por el mes de noviembre de 1908, en los corredores del Instituto Nacional. Juan Ramón Molina era examinador en las materias de Lógica y Psicología y los muchachos le temblaban porque era un "positivista". Alto, tan alto como don Manuelón Castro Ramírez; con un mostacho de granadero, negro y apretado, como que tenía algo de indio de Honduras. Imponente. Más parecía, en realidad, un hombre de armas que un hombre de letras.

Pero ya su nombre se discutía en los bancos del Instituto, entre los estudiantes de ciencias y letras. Guillermo Hall y Alberto Rivas Bonilla, mis maestros en medir las sílabas y buscar buenos consonantes, lo habían leído ya y me lo ponderaban. Su nombre sonaba con los de Adán y Augusto Coello, Paulino Vanegas, Julián López Pineda, Antonio Bermúdez M. y Froylán Turcios, todos hondureños y hombres de letras, refugiados en El Salvador en las periódicas emigraciones de los pobres hondureños, que llegaron a ser vistos como "los judíos" de Centro América. Oyendo su nombre, sin haber leído una sola línea de él, yo llegué a ver en Juan Ramón Molina un gran poeta nuestro y empecé a buscarle.

Y le encontré cierta vez, en un número de *La Quincena*, la inolvidable revista que publicara en esta capital Vicente Acosta y que llegara a ser casi una tribuna de las letras hispanoamericanas. Para el poeta muchacho, para el principiante en los versos o la prosa, conseguir una publicación en las columnas de la revista aquella, era la consagración final. Allí fue consagrado nuestro Francisco Herrera Velado y por sus tersas páginas de papel satinado costeado por el Tesoro Público, pasaron las producciones múltiples de Arturo Ambrogi, Vicente Acosta, Armando Rodríguez Portillo, Ramón Quesada, Francisco Gavidia, Santiago I. Barberena, Benjamín Orozco, Salvador J. Carazo y todos los que en aquel tiempo representaban la mentalidad salvadoreña.

Pues bien: el muchacho que yo era quedó prendado, con impresión que le seguiría al través de la vida, de la poesía de Juan Ramón Molina. Allí, en aquel ejemplar olvidado de la revista de Acosta, leí la primera vez varios poemas de Juan Ramón Molina: *Río Grande, A una Muerta, El el Salón de Retratos, Tus manos, Nada es Todo, Pesca de Sirenas, El Ave Simurgo* y otros más. El poeta quedó dueño y señor del alma del muchacho y no dejó de ejercer una influencia duradera en los trabajos de verso en que yo me empeñaba por aquellos años. Influencia quizá perniciosa, dañina, impropia para un adolescente, pero que no podía evitar en la pobreza ambiente y que de todos modos resultaba un poco mejor que la influencia de Julio Flores o de Manuel María Flores, el poeta de México. Fue necesario que Guillermo Hall pusiera en mis manos unos cuantos libros de Darío para que yo me saliese de la influencia del bardo hondureño.



Juan Ramón Molina

Curioso el eco que deja un gran hombre en el alma de un muchacho. Recuerdo que un día de tantos, estando en el Instituto Nacional, me acerqué a don Santiago Barberena, a preguntarle, con sencillez de aldeano, qué cosa era eso de "Ave Simurgo". Don Santiago, que me quería mucho, sonrió malicioso y sin responder directamente a la cosa, me espetó otra pregunta: ¿Y dónde ha visto usted eso?

No vacilé y le recité el bello soneto de Molina:

Este es el regio pájaro que vio Firdussi un día
volar—desde el Levante—partiendo el cielo en [dos;
que tiene en sus apólogos mayor sabiduría
que las más nobles bestias de la tierra de Dios.

Sus alas —donde puso sus ópalos el día—
fatigan los azures de alguna estrella en pos;
su cola es un arco-iris de ardiente pedrería;
sus ojos, dos carbunclos magníficos. En los

dísticos que celebran la omnipotente gloria
del Irán, este pájaro de luz y de victoria
volar sobre oriflamas y ejércitos se ve.

El guarda la divina diadema de Cosroes
desde el sublime nido de sándalos y aloes
que tiene en una lírica montaña: El Shah-nameh.

Don Santiago se volvió a mí, cordial.

—¿Y de quién es eso ?

—Pues de Juan Ramón Molina.

—Entonces —agregó— deben ser cosas de Honduras.

Pero a renglón seguido me dio los datos primarios del gran poeta persa, el hombre generoso y excelso, amado de los príncipes pero a quien el esplendor de los palacios no hizo doblar nunca la rodilla.

He conservado intacto, en mi memoria, este soneto, desde 1910 y reconozco dos diferencias con el que trae el libro de Zelaya: el segundo alejandrino de la primera estrofa, el verso del primer terceto y el último de todo el soneto.

Es probable que Juan Ramón, como hace hoy día Barba Jacob, diera a publicidad sus poemas con sucesivos retoques, y así me explico algunas diferencias encontradas entre los poemas que recuerdo y éstos que tan nítidamente y encantadoramente publica Ismael Zelaya. De todos modos, la fuerte personalidad de Juan Ramón Molina se destaca allí con toda su magnificencia de poeta genuino, hondo, resonante, sombrío, tan sombrío que a cada paso se le advierten semejanzas con el autor de *Ulalume*, con Edgard Allan Poe. *Ulalume* y *Aniversario* parecen ser poemas de una misma mano, lágrimas de un solo corazón.

El libro que ahora llega, editado por Ismael Zelaya, viene a llenar un gran vacío en la bibliografía centroamericana. Muchas ediciones —por lo menos tres— se hicieron de *Tierras, Mares y Cielos*, pero ninguna con el esmero, la fidelidad y la frescura de esta de Zelaya.

Por otra parte, el poeta permanece aún el más alto poeta de Honduras y uno de los mejores de Centro América. Hay que recordar que Juan Ramón Molina murió el 2 de noviembre de 1910, a los treinta y tres años de edad, todo un niño grande, dejando poemas que podrían llevar, con toda propiedad, sin desdoro alguno, las firmas de Chocano, Darío, González Martínez, Gavidia o cualquiera otro destacado portalira de la América. Me ha referido Julián López Pineda detalles interesantes de aquella noble inteligencia. Juan Ramón se empeñaba en hacerse de una cultura científica y filosófica de primera fuerza. Amaba las ciencias naturales y las matemáticas. Su sueño era llegar a ser un gran poeta y escogió como director de quimeras, nada menos que a Goethe, a quien leía con devoción reflexiva y analítica. Desgraciadamente tuvo poco dominio sobre sus emociones y un día de tantos murió, víctima de una intoxicación opiácea, en una chinama de Aculhuaca, causando con su muerte una sacudida de inmensa amargura a la lírica centroamericana.

El libro que ahora lanza a la circulación Ismael Zelaya, ha sido impreso en Tegucigalpa, en la imprenta Calderón. Trae un prefacio de Enrique González Martínez, el gran poeta de México, ilustraciones de Enrique Galindo y apunte bibliográfico de Rafael Heliodoro Valle.

Alejandro Marure ante la posteridad

Centenario del Bosquejo Histórico de las Revoluciones de Centro América

Por DAVID VELA

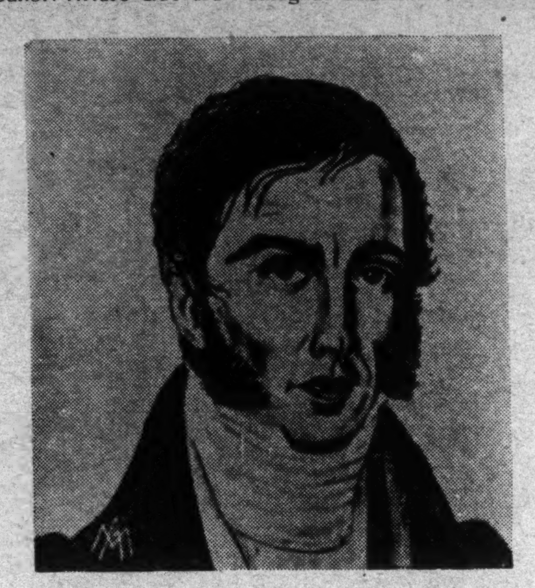
= Del *Almanaque Literario Centroamericano.* 1937. Editor: Arturo Guevara Paniagua. Guatemala, C. A. =

He aquí un hombre que comparece por sí mismo y espontáneamente ante el tribunal de la posteridad; mas no lo hace por arrogancia—lo cual habría disculpado su juventud: escribe a los 31 años de edad la historia de su país,—sino para exponer su criterio sobre la postura espiritual que cumple al buen historiador y externar como tal el corolario de sus aspiraciones: "los votos de la posteridad y la aprobación de un corto número de hombres sensatos."

Alejandro Marure escribe la historia de sus contemporáneos, o de hombres y sucesos muy cercanos al menos, en tiempo y lugar, a la emisión del veredicto. De antemano le es dable suponer, por tanto, que sus puntos de vista serán prejuzgados de parcialidad; su exposición de los acontecimientos interpolada de inconformidades y sobreentendidos; en general, la discriminación de causas y efectos objeto de aclaraciones, toda su crítica y documentación expuestas a ser reenjuiciadas por la pasión política.

En el prólogo de su obra, Marure declara que midió en todo su alcance los escollos por vencer: "Nunca he desconocido las dificultades que naturalmente debía ofrecer un trabajo demasiado ímprobo por sí mismo, y mucho más aún por el tiempo y circunstancias en que se ha verificado", pero, ¿de dónde sacó fuerzas para acometer tan difícil empeño, advertido de los obstáculos que interceptarían a cada paso la vía recta hacia su meta? No es cierto, como quiere Lorenzo Montúfar, que operase bajo el influjo de nuestro gran Mariano Gálvez; ya el propio Marure aclara que sólo recibió estímulo, pues con anterioridad venía trabajando en su obra, y en esta se advierte una incitación personal, interior, sin la cual no habría cumplido dicha labor, o habría dejado rastros notorios un trabajo de encargo.

Nos imaginamos a Marure influenciado por otros estudios históricos y con el cercano estímulo de saberse catedrático de la materia en la Academia de Nuevos Estudios, poniendo gran fe en el valor teleológico de la ciencia histórica; viendo por otro lado, en fin, que Centro América carecía de una obra histórica que encerrase la meditación de su existencia política; quizá precisamente porque la turbulencia de las pasiones, la activa lucha en el campo de los hechos, no dejaban tiempo ni tranquilidad de ánimo para juzgar con detenimiento y racional frialdad los sucesos, mucho menos a quienes, por estar mejor preparados, ofrecían o veían solicitados sus servicios para el intento constructivo. Por eso de manera espontánea hará historia Marure y desechamos las ideas, muy aceptadas antes, de que escribió por encargo del jefe del Estado o para refutar las aserciones de otro buen historiador, Manuel Montúfar y Coronado, aunque incidentalmente se refiere aquel a las Memorias de Jalapa; "afortunadamente—piensa Antonio Marichalar—la imparcialidad fría no cabe nunca. La primera inclinación del hombre es casi una incitación sentimental. Siempre se empieza siendo un poco amigo de aquello que se va a estudiar."



Alejandro Marure

Dibujo de *Carlos Guevara P.*

Por eso es también hasta cierto punto modestia de circunstancias en Marure el declarar como objeto principal de su trabajo la formación de un extracto metódico y prolijo de una multitud de documentos de difícil obtención y que podrían en el curso de algunos años desaparecer. Su propósito parece más claramente expresado, al calor de su patriotismo y bajo las incitaciones de su actividad docente, en los siguientes párrafos: "Se ignora todavía cual es la importancia política de un país en que han comenzado a hacerse prácticas algunas de las doctrinas más liberales del siglo, y de donde han desaparecido las instituciones viejas del despotismo, con una facilidad de que se encuentran pocas identidades en la historia: aún no ha sido objeto de grandes especulaciones uno de los territorios más centrales del mundo conocido, acaso el más variado en sus producciones naturales y tal vez el más fecundo de cuantos se conocen en el globo. Haría pues un servicio interesante a la nación centro-americana, el que la diese a conocer, refiriendo sencillamente todo lo que ha pasado en ella desde que dió principio a su revolución."

En cambio, más que modestia, se revela la honestidad mental y la limpieza de sus fines en otras expresiones suyas: "No escribo con la presunción de ofrecer a mis contemporáneos una obra que merezca el nombre de historia, al menos en la acepción que han dado los modernos a esta palabra"; "....trabajo que se emprendió con el principal, si no único fin, de acumular materiales para que otra pluma más ejercitada los ordenáse y les diése vida"; "....y cuando las animosidades se hayan calmado, como dice Bacon hablando de esta especie de relaciones, podrá suministrar, a un historiador imparcial y juicioso, buenos materiales y abundante semilla para una historia más perfecta".

Marure no es menos consciente del peligro que entraña para el historiador el tratar los hechos coetáneos; en primer lugar, porque no se siente el hombre impasible de Luciano; en segundo lugar, porque no ha de valerle la mayor dosis de circunspección contra la irritable sensibilidad de los hombres de su tiempo, en un ambiente caldeado de pasiones, oscurecido de rencillas, tremante de cóleras y amores propios de heridos o insatisfechos, ensordecido por gritos de desafiante odio e imprecaciones de ciega venganza.

Pero él mismo confesó después su sorpresa y expresó sincero dolor cuando fué atacado con esa violencia condenable de que estaba cargado el ambiente, por encima de sus previsiones, y estas eran muchas: "El autor del Bosquejo Histórico de Centro América nunca se lisonjeó con la esperanza de que su obra fuése bien acogida de los hombres de partido que han figurado en el teatro de la revolución; creyó por el contrario, que su obra sería el blanco de la censura, y su persona el objeto de la invectiva, del sarcasno y aún de la calumnia. No podía ser de otra manera. Colocado entre las diversas facciones que se han combatido en el curso de nuestras agitaciones civiles, su lenguaje debía parecer extraño a todas ellas, y concitarle el odio de los partidarios entusiastas que han peleado bajo diferentes banderas...." "No es posible que los jefes de partido contemplen con una atención desapasionada el cuadro en que aparezcan sus acciones sin el falso colorido que les diera el entusiasmo del momento o la combinación de incidencias que ya se han disipado; y aún es mucho menos posible que prescindan de sus resentimientos y de sus pasiones los hombres que se han mezclado en la contienda civil, sin discusión ni discernimiento y cediendo sólo a una impulsión extraña o al instinto ciego de las localidades..." "En medio de tanta confusión y entre los embates de ideas e intereses tan opuestos, cualquiera que fuése el sentido en que se explicara el narrador de los hechos, siempre habría descontentado a todos los partidos; y las inculpaciones más contradictorias debían acumularse sobre él aún en el caso de que hubiese tomado decididamente el papel de impugnador o apologista. Bien había pulsado estos inconvenientes el autor del Bosquejo; sin embargo, llevó adelante su empresa porque se proponía en ella fines laudables..." "Presentaría un fenómeno verdaderamente singular el escritor que obtuviese el aplauso unánime de sus contemporáneos, o el analista que lograra trasmitir sus obras a la posteridad sin que la crítica justa, o injusta, hubiera esparcido algunas dudas sobre sus capacidades o imparcialidad". Con tales prevenciones se curaba en salud, fortaleciendo su ánimo para la polémica que iba a sobrevenir, pero lo decepcionó la festinación de los ataques, cuando sólo parcialmente había visto la luz pública su obra, y el sesgo personalista que se dió a una contienda que él habría querido situar en el alto plano de las ideas; por eso su queja contra los escritos a pareceidos en Guatemala y El Salvador es amarga: "En ninguno de ellos se emplea el razonamiento ni se habla el lenguaje

decoroso de que nunca debe prescindir un escritor público: la censura no recae sobre los hechos, se fija únicamente en las personas; no se demuestran al autor sus equivocaciones, se le ultraja con el baldón y la calumnia; de la sátira no se ha hecho uso sino para dar una nueva prueba de que es el arma más despreciable cuando no la maneja el talento...''

En ese fondo de prejuiciosa y aún malevolente discrepancia, se quiso destacar cómo una audacia el hecho de que Marure llámase a juicio a sus coetáneos; la verdad es que nuestro historiador obedecía a una convicción al respecto. ¿Qué opinaba la autoridad impuesta entonces como texto para el estudio de la historia de América? Esa autoridad era William Robertson, y decía: ''El historiador que refiere los acontecimientos de su tiempo, consigue una confianza proporcionada a la opinión que el público tiene de su veracidad, y de los medios que ha usado para instruirse. El que describe los sucesos de una época remota, no tiene derecho alguno a la confianza pública, si no manifiesta los testimonios que apoyen sus aserciones''. Con la misma fuerza pesarán sobre aquella convicción las opiniones de Norvins, Volney, Miller, Restrepo, Zavala, Montenegro, etcétera.

En tales circunstancias, Marure procuró ser imparcial hasta donde humanamente es dable serlo. Con esa característica, como nota dominante, presentaría más tarde la obra de Marure, Lorenzo Montúfar, cuando se queja con la parcialidad que al espíritu partidarista de este último es propia, del acervo anterior a la publicación del Bosquejo: ''No hemos tenido una obra histórica desde el año 21, trazada por una pluma enteramente imparcial. Las Memorias de Arce son un alegato de bien probado en favor de su administración. Las Memorias de Jalapa son la apología del partido servil. Todas las publicaciones de Irisarri, de don Juan José Aycinena, de Pavón, de Milla y cuantas se han hecho durante treinta años por los retrógrados, presentan a los liberales como una sociedad de malhechores, y a los serviles como ángeles que forman coros celestiales....'' Y en lo que Marure, a quien quiere tener por único antecedente, pueda parecer inclinado hacia las tendencias o justificaciones del partido liberal, lo excusa ampliamente: ''Pero si para obtener esa cualidad (ser imparcial perpendicularmente, como quiere Benthan) fuera preciso no pertenecer a ningún partido, no habría quien escribiera la historia porque aunque no existe entre nosotros una ley de antigüedad que condenaba a los ciudadanos que fueran indiferentes a las cuestiones de la patria, es imposible encontrar un hombre solo, que no se incline más a un círculo político que a otro, que no crea más justo un sistema, y a quien no inspiren más simpatías las doctrinas de unos hombres que las doctrinas de otros''.

¿Logró tal amplitud de criterio el autor del Bosquejo Histórico? Podemos responder con seguridad que, al menos, no la consiguió en la medida de sus deseos. Aunque no hubiese recibido, como él mismo dice, ni galardón ni ofensa de algúno de los bandos contendientes; aunque relativamente hubiera presenciado los sucesos sin estar en ellos; aunque, en fin, levantase sus propósitos por encima de todo interés personal, ni siquiera el de un aplauso inmediato, para servir a la cultura y a su patria; de todos modos era natural que lo alcanzara la influencia circundante, haciendo gravitar su pensamiento dentro de la atmósfera de los acontecimientos, comunicándole predisposiciones, asechando en el discurso de su meditación las oportunidades de filtrar un vago eco del estruendo de las pasiones, aún no acalladas.

Tal la pugna, casi dramática, de Marure; alguna vez lo traiciona el cuidado de no herir demasiado las conveniencias; otras, el cotejo de las memorias y documentos provoca desniveles del ánimo hacia la polémica; pero es extraordinario el poder de voluntad por mantenerse imparcial, con una tensión de espíritu que se adivina en las excitaciones a través de las páginas. Contra tal voluntad estarán el espíritu de partido y la agitación ambiente, pues el historiador, como afirma Hegel, aún creyendo entregarse por entero a los datos y ser pasivo en su pensar, ''trae consigo sus categorías, y ve a través de ellas lo existente'', y en este punto precisa recordar que en Marure, nacido en 1809, crecido en la pobreza y con la impresión del prematuro sacrificio de su padre en la construcción de una patria libre, testigo juvenil de las contiendas civiles, de las propagandas demagógicas de los partidos y de las exacerbaciones fraticidas, el esfuerzo por mantener su imparcialidad resulta extraordinario, porque como tuvo que pasar como Ulises entre las sirenas de los recuerdos sumergidos, como eran tantas subjetivas incitaciones; en ese orden, es extraordinario el éxito alcanzado.

Fué una suerte para Marure tener como contrincante a un hombre de la talla moral e intelectual de Manuel Montúfar y Coronado, y es curioso que su rival, dentro de la misma controversia, diera las bases para el juicio que ulteriormente se ha venido emitiendo sobre la personalidad y la obra del autor del Bosquejo Histórico. Montúfar, un guatemalteco a quien no se ha hecho aún cabal justicia, impuso con su autoridad el respeto a Marure en las filas de ambos partidos, dijo: ''Escribe con talento, con juicio, y descubre un corazón recto y un deseo de imparcialidad, que sería un don sobrenatural si se obtuviese en una tan temprana virilidad... Yo creo que ha escrito de buena fe y sinceramente; pero le ha faltado ver una revolución en otro país de la América española, sin estar afectado por alguno de los partidos, para poder abjurar algunos errores, que nacen, sin sentirlo el hombre, de su posición y relaciones en una sociedad.''

Hablemos ahora de otra cualidad saliente en la obra de Alejandro Marure: su concepto orgánico de la sociedad del que emana un carácter vitalista de la historia, así como un fin trascendente de la misma, que sobrepasa la simple ejemplaridad del relato. En este aspecto su mentalidad tiene puntos de contacto con la de Montúfar y Coronado, y la obra de ambos respira por eso cierto aliento humano, un margen de universalidad que incita al lector menos esforzado hacia la meditación. Es digno de elogio el esfuerzo de Marure por mantener un orden sistemático, con doblado trabajo de análisis, por encima del servil orden cronológico, de la seca narración de hechos y la colección documental. Este concepto de la historia y su limpieza mental, que es deseo de imparcialidad, son suficientes para consagrar su fama.

Pero, ¿cuál ha sido el juicio de la posteridad para Marure? Es triste confesar que, si sus contemporáneos lo atacaron con violencia, las generaciones subsiguientes lo han tenido poco menos que olvidado. Se reconoce su categoría de historiador, es cierto, y su obra es fuente donde muchos han abrevado, mas la generalidad ignora a la obra y al autor por igual, al menos muy pocos tienen cabal juicio sobre el valor de Marure y la importancia del Bosquejo Histórico de las Revoluciones de Centro-América. Lorenzo Montúfar, en el prólogo a la edición ordenada por Barrios, achaca al partido conservador el secuestro y destrucción de la edición primera, pero es curioso que la nueva edición fuera poco leída y los ejemplares, hasta su escasez de estos últimos tiempos, rodaran despreciados en todas las bibliotecas, en el archivo y en las librerías de viejo, con un precio nominal, pues nadie atribuyó valor a su posición ni menos se preocupó por leerla, no digamos estudiarla. Fuera de los homenajes que podríamos decir empíricos, ritualidades con que se acostumbra salir del paso, apenas hay algunos estudios sobre la personalidad y la obra de Marure, acaso el más completo sea, sin haber agotado el tema, ni mucho menos, la biografía que nuestro inolvidable Antonio Machado escribió para la Academia Guatemalteca de la Lengua. Ni qué decir del lamentable desaparecimiento del tercer tomo, que hoy se considera definitivamente perdido.

Este año se cumple el primer centenario de la publicación del Bosquejo; ¿no es la posteridad deseada por el autor? Pues bien, esa posteridad permanece más o menos callada, aunque en el Boletín de la Biblioteca Nacional se habla de celebrarlo. ¿En qué fecha? Aún no se ha logrado precisar el mes en que vió la luz pública esa obra.

Sin embargo, Marure no quedará defraudado en la confianza que puso, a largo plazo, en el juicio de los hombres; a la fecha hay un renacimiento del interés por los estudios históricos y, con las nuevas producciones, lentamente se irá condensando la opinión de Centro-América sobre el autor del Bosquejo; entonces sabremos, dicho por mentes doctas e imparciales, que Marure hizo el máximo esfuerzo por ser imparcial, lográndolo en gran parte, que tuvo un concepto muy avanzado, casi moderno, sobre la ciencia histórica.

Guatemala. 1937.



Agua fuerte

Por *Frederick Keppel*, New York

Sobre Manuel José Othon

Línea del Ecuador, 11 de enero de 1938.

Sr. don Joaquín García Monge,

Repertorio Americano,

San José de Costa Rica.

Mi querido Joaquín García Monge:

Si, como supongo, sabe Ud. que, desde la infancia —primero por la íntima amistad que lo unió a mi padre, y luego por gusto y convencimiento propios —he tenido el culto literario de Othón, uno de los más altos aunque menos conocidos poetas de nuestra América, ya habrá Ud. sospechado el interés con que leí, en el *Repertorio* del 6 de noviembre de 1937, el fino apunte de José Attolini sobre *Manuel José Othón y su soledad*, y la primera parte del artículo de Jesús Zavala sobre el *Epistolario de Manuel José Othón*. Seguramente para la fecha en que le llegue a Ud. esta carta ya habrá aparecido la continuación de este artículo, pero yo no habré podido aún leerlo, porque voy de viaje para mi tierra, embarqué en Buenos Aires el día primero de año, y le escribo a bordo del "Western Prince".

Tompoco he podido enterarme todavía de lo mucho que seguramente se habrá publicado en los diarios de México, con motivo del traslado de los restos de Othón al Panteón de los Hombres Ilustres. Habrá que juntar y examinar todo eso, los estudios de López Portillo, Icaza y Loera Chávez, a que se refiere Zavala, y acaso también aquella vieja conferencia mía sobre los *Poemas Rústicos*, que data de 1910 y que ya necesita algunos retoques, aunque todavía ha merecido el honor de que Zavala la recuerde.

Efectivamete, según él supone, yo me fundé entonces, en las mismas cartas de Othón a Juan B. Delgado que Zavala heredó de éste, y que acaba de tener la buena idea de publicar parcialmente entre comentarios oportunos. Mi padre, entonces Gobernador del Estado de Nuevo León, había nombrado director de la Biblioteca Pública de aquel Estado a Juan B. Delgado, y yo solía visitarlo cuando volvía de México a Monterrey, en mis vacaciones escolares. Delgado me dejaba entonces examinar esa preciosa correspondencia.

De ella resultan, según lo establece Zavala, dos rasgos esenciales de Othón: su gran probidad y conciencia literarias, que lo hacían trabajar incansablemente sus poemas y acudir al consejo de amigos en quienes reconocía autoridad (el poeta Pagaza, el gramático De la Peña), y su gran generosidad, su cordialidad candorosa, que a veces lo llevaba a entusiasmarse con sus propias producciones en términos que nadie tomaba a mal, porque todos reconocían su intachable pureza.

A este propósito, recuerdo ahora una anécdota que me contó Luis G Urbina. Acababa él de publicar su poema a la muerte del perro "Baudelaire". Se le ocurrió asomarse por casa de Jesús E. Valenzuela, director de la *Revista Moderna*, hombre generoso que entendió la vida en sangría derramada, y de quien alguna vez he dicho que fué más poeta en la vida que en los versos. Aquella casa no tenía puertas; todos entraban y salían por ella como y cuando querían. Valenzuela, afligido ya por la progresiva enfermedad que había de llevárselo, recibía con frecuencia en su alcoba. Y allí, en torno a su cama, se hacía la vida literaria. Cuando Urbina llegó, un grupo de escritores y poetas rodeaba al que llamábamos cariñosamente "Don Chucho". Nadie se dió cuenta de que Urbina se encontraba ya en el cuarto vecino, desde donde pudo escuchar que todos lo ponían de oro y azul —como dice la gente—con motivo de su reciente poema. Sólo, entre el vocerío general, se oía la voz cascada de Othón, que se alzaba para defenderlo. Y Urbina se retiró en silencio, tan secreto como había llegado—. Al día siguiente, "Te agradezco—le dijo a Othón—que me hayas defendido ayer en casa de Don Chucho". Y Othón, candorosamente: "No tienes por qué agradecerme. El primer poeta de México soy yo, el segundo, Díaz Mirón; tú, el tercero. Tenemos que sostenernos mutuamente". Creo que Artemio de Valle-Arizpe no ha recogido este rasgo en su sabroso "Anecdotario de Othón".

Algo más resulta de los documentos publicados por Zavala: allí se ve claramente cómo Othón llegó a la originalidad gravitando fuera del ciclo del Modernismo, sin proponérselo, por sinceridad de su naturaleza que se enfrentaba con las realidades de nuestra tierra, y sin más preocupación consciente que la de seguir las tradiciones de la lengua y de la poesía. Curioso notar que, aun en eso que se llama su bucolismo —línea tan cargada de tradición—también es profundamente original, porque su campo no es una fingida Arcadia donde los poetas dialogan vestidos de pastores, sino que es un ser por sí mismo: campo sin hombres, inmensa presencia patética que a veces lo exalta y transporta y otras lo domina y parece querer aplastarlo. En el campo de Othón soplan unas ráfagas pánicas.

Por una verdadera casualidad, y ya que de epistolarios se trata, traigo aquí conmigo una carta que la viuda de Othón tuvo la gentileza de enviarme como recuerdo, así como Don Chucho me envió (una de tantas ocasiones en que creyó morir y se puso a distribuir sus cosas) la mascarilla en bronce

de Othón, fundida por Baudelio Contreras; pues todos conocían mi culto por el gran poeta potosino. Trátase de una carta que mi padre dirigió a Othón en 26 de mayo de 1889, dándole cuenta de mi nacimiento el 17 del mismo mes. Es mi mejor certificado de presencia en este mundo. En esta carta encuentro unas líneas que valen la pena transcribir, porque contribuyen a la biografía interior del poeta. Este, en sus expansiones amistosas, sin duda había contado a mi padre que pasaba por una de aquellas crisis provocadas por la soledad y el alejamiento, metido como estaba en su pobre aldea. Y mi padre le contestaba, a la vez que se refería a ciertos planes que, juntos, iban poniendo en acción para procurar al poeta una situación más acomodada:

"Ese desencanto de que se siente Ud. herido, y que le ocasiona una enfermedad intermitente de cansancio de espíritu, no es otra cosa en mi concepto que el resultado de sus aspiraciones no satisfechas y de la ociosidad de una imaginación que, debiendo vivir en constante actividad, se halla en forzado descanso. Debía Ud. procurar dar a su vida intelectual las expansiones que necesita, en todo lo que de Ud. dependa. Y si, por virtud del alejamiento en que se halla, no quiere dedicarse a trabajos que necesiten estímulo, podría ponerse a comentar obras de importancia, comentarios que le serían un ejercicio muy útil porque avivarían sus ideas ilustrándolas; y de este modo, el tiempo que Ud. esté en destierro no se habrá perdido."

La verdad es que mi padre, naturaleza profundamente activa, tenía gran confianza en la moral del trabajo, creía que en el ocio el alma cría malos humores, y hablaba del caso y daba el consejo con conocimiento de causa: poco después, retirado momentáneamente del gobierno civil del Estado de Nuevo León y confinado a las funciones de Jefe de la Zona Militar, que no le ocupaban mucho tiempo, como era de la noble tradición latina que alterna la espada con la pluma, se puso a llenar sus ocios de cuartel realizando una verdadera hazaña: leyó y resumió toda la *Historia Universal*, de César Cantú, de que resultó un librito que publicó en edición privada: *Bosquejo sobre la marcha de la humanidad*, por Yosé de Banrer, anagrama de su nombre.

Pero, volviendo al trabajo que motiva estas líneas, hay que decir que—poco afortunada la edición emprendida por la Secretaría de Educación Pública, de México, en 1928, y a la que ya hice algunos reparos en mi *Monterrey*, Río de Janeiro, octubre de 1931—, con las notas de Jesús Zavala sobre el *Epistolario de Manuel José Othón* se inaugura el verdadero estudio documental del poeta.—Por lo cual deseo, desde las páginas del *Repertorio Americano*, felicitar a Zavala, a la vez que le mando a Ud. mis más cordiales saludos.

ALFONSO REYES.

Señas: Córdoba, 95. México, D. F.)

España y Nicaragua

Por SALOMON DE LA SELVA

= De *El Nacional*. México, D. F., 25 de diciembre de 1937 =

Lo que ocurre en la España pisoteada, en la España bajo el régimen de los fachistas extranjeros, me dolería si no tuviera experiencia personal de ello. Me duele doblemente recordándome ignominias que he visto sufrir a mi Nicaragua, patria bajo la bota herrada de la marinería de Coolidge y de Hoover.

La información que de ese aspecto de la guerra en España tengo, es la que ha suministrado el norteamericano Leigh White en artículos recientemente fechados en Barcelona donde actúa como intérprete, al servicio del gobierno legítimo. "Lo más odioso de la invasión extranjera —dice— es la presencia de la infantería italiana. En Valladolid los italianos se han hecho dueños completos de las fundiciones del gobierno. En la estación del ferrocarril han arrancado los avisos y letreros y donde decía "Guardia de Estación" en castellano ahora se lee 'Corpo di Guardia". Tropas italianas patrullan las calles, exigen que los transeúntes les muestren sus salvoconductos, y allanan hogares. Al abordar un tranvía o entrar a un teatro, se niegan a pagar y vociferan "¡Essercito d'Italia, salvatore de l'Espagna!" No hace mucho que en Sevilla, cuando un tranvía no se detuvo a recoger a un grupo de italianos, éstos tomaron un automóvil, alcanzaron al tranvía, lo asaltaron, y hubieran linchado al motorista si no se hubiera opuesto a ello vigorosamente el pasaje. En Bilbao entraron italianos a un café y hallando todas las mesas ocupadas ordenaron a los parroquianos españoles a desalojar el lugar. Se negaron a ello los españoles y uno de los italianos desenfundó un revólver y disparó. Dos mujeres y un mozo cayeron muertos antes de que los españoles pudieran darle muerte al facineroso a golpes de botella". Esas cosas solían ocurrir en Managua, al grado de llenar de ira hasta a los que eran responsables de la intromisión yanqui en Nicaragua. En España hasta los más recalcitrantes rebeldes han de odiar a los invasores. Y éstos perecerán cogidos entre dos fuegos, odiados por aquellos a quienes atacan, y por aquellos que mal querían a la República, pero que a la larga han de convencerse de su error capital.

"Lo que los italianos son para las clases humildes, los alemanes son para las clases pudientes" —dice Leigh White. El mejor hotel de Burgos, el María Isabel, sirve de cuartel para los aviadores alemanes. A los huéspedes españoles se les ha arrojado de sus habitaciones y sólo se les permite llegar a comer. El permiso les obliga a tomar sus alimentos en cortísimo tiempo y evacuar el lugar inmediatamente. Los aviadores celebran bailes casi todas las noches. Permiten que lleguen mujeres, pero hombres españoles no.

"Si estas humillaciones las sufrieran sólo los civiles —agrega Leight White— quizás no repararían en ellas los militares". En Nicaragua sólo los individuos de alma bastarda como el doctor Juan Bautista Sacasa, o de espíritu pervertido como el general José María Moncada, no sólo toleraban sino que aplaudían esas humillaciones. En España ha de haber, como en todas partes, Moncadas y Sacasas, pero en minoría. En España, conforme afirma el escritor cuyos artículos glosamos, ya se van convenciendo los propios militares traidores de que su ejército no se toma en cuenta. 'Los extranjeros son los mimados del gobierno de los desleales", dice Leigh White. "Todos los alemanes, con excepción de algunos mecánicos, tienen rango de capitán para arriba y sea cual fuere su rango original, a los alemanes y a los italianos se les otorga en España rangos superiores a los de los españoles que tienen idéntica función. A los soldados rasos italianos se les paga diez pesetas diarias, a los reclutas españoles sólo 25 céntimos. El sistema de castas que se ha establecido queda inmejorablemente epitomizado en el reglamento de las casas de prostitución. Hay cuatro en Burgos: las dos mejores están reservadas para los alemanes, la tercera para los italianos y la cuarta y de peor calidad para los moros y los españoles".

En Nicaragua ocurría cosa igual. No es fenómeno particular al caso de España. Es lo que ocurre siempre que una parte descastada de la población tolera que llegue un ejército invasor para luchar en contra de los que alientan un patriotismo elevado. Ello lleva en sí el germen de rebeldía eventual. En Nicaragua he conocido a gente que aplaudió el apoyo dado por los yanquis invasores a los vendepatrias, hasta que la soldadesca extranjera cometía violación en mujeres de su familia, o había impuesto humillaciones como las que alemanes e italianos están imponiéndoles a los españoles en las regiones dominadas por los facciosos. Más y más cada día, estos españoles, contrarios a la República o tibios para con ella, han de sentir su sangre arder en contra de los invasores. Ellos también han de comprender la enormidad de la desgracia que le han acarreado a España, y volverán sobre sus malos pasos a afiliarse con los ejércitos de la República. En *La Voz de España*, el periódico de los facciosos en Santander, no es raro hallar noticias como ésta que cita Leigh White: "Por orden de las autoridades militares quedan rertirados de sus mandos los siguientes oficiales, desafectos al movimiento nacionalista". La lista incluye a once oficiales. A once españoles que la España auténtica recobra.

Unidos en el espacio

Si un ciclo entero de predilecto cultivo de la historia ha producido, finalmente, que la historia se haya trocado ya en instinto fundamental e inconsciente de la sensibilidad humana, ¿por qué no esperar que, tras de otra época, consagrada del mismo modo y con amor paralelo, al cultivo sistemático de los estudios de geografía, a la remoción por las emociones geográficas, esta misma geografía, con su multiplicidad de labor y de esfuerzo, alcance a trocarse, igualmente, en blanda disposición, en un instinto de unidad? Mucha historia ha dado por resultado, al otorgar a los hombres una conciencia tan profunda de la unidad en el tiempo , que éstos se sientan ya dispuestos a olvidar la historia. Mucha geografía producirá, tal vez, resultado parecido; y logrará hacer profundamente sentida, no ya la unidad de los hombres en el tiempo, sino su unidad en el espacio.

...Y, por consiguiente, su fraternidad.

(De Eugenio D'Ors, en su libro *Las Ideas y las Formas*. Edit. Peláez. Madrid).

Elegía por los niños de España

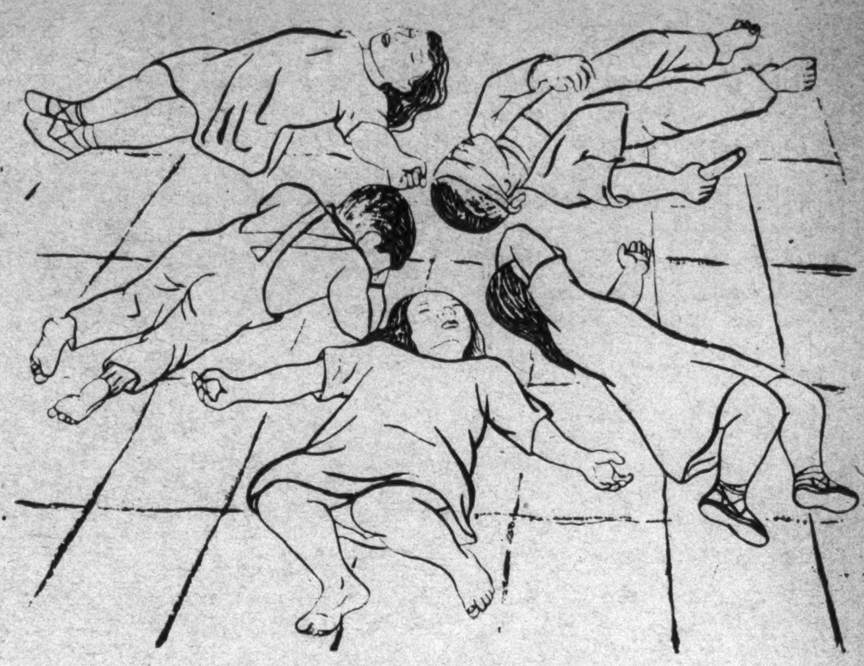
= Envío de la autora. La Habana =

A Mariblanca Sabas Alomá

Desesperada aquí, clavada aquí,
negada a los inútiles abanicos,
soltando negros pájaros desde mi isla limitada
estoy desenterrando el llanto de todas las campanas.
La angustia convoca las gargantas:
es el día de la cólera, del grito, del brazo derrumbando las estatuas sin fuego.
el día que nos pide la palabra y la vida.
—Mis paisajes hunden cielos de horror bajo las lágrimas—
Aquí, desesperada, aquí en mi isla limitada
me socavan el gemido y la furia:
¡es el día del crimen!
La luna roja, fría, se levanta
desde miles y miles de ojos niños
ya para siempre sorprendidos.
Ayer, en los parques, en las plazas,
rodando sus aros—mundos—al futuro
la infancia instalaba júbilos en palomas.
Hoy, lentos ríos oscuros conducen el lamento de España por sus niños.
Eran la miel, la risa, la mañana,
la próxima ciudad para el destino.
Siglos y siglos despertando abrían
su flor en aguas de sus pechos puros.
Hoy,—árboles tiernos desgajados—
Un bracito sangrando, acusando,
una boca soñando el último columpio para el juego
confundida con el vidrio y la cal en el polvo sin latido...
Es el día del crimen. Por mis venas
madres martirizadas confunden sus gemidos.

SERAFINA NÚÑEZ

Noviembre de 1937.



El juego que interrumpió la muerte

La sangre del pueblo es una sola

= De *Nuestra España*. París, dicbre. de 1937 =

Desde la retaguardia hasta el frente, los servicios de transfusión de sangre son una red ininterrumpida cuyo funcionamiento es casi automático. En Madrid, Valencia, Barcelona y Jaén, existen Institutos de Transfusión de Sangre que centralizan las extracciones. El número de donantes espontáneos es considerable. Ello permite el escoger aquellos que presentan un más perfecto estado de salud y una mejor constitución física. A diario se reciben cartas como esta, dirigida por un joven ciego, al Instituto de Valencia:

"Camarada: Tengo 28 años. Disfruto de perfecta salud. No he padecido enfermedades venéreas. No tomo bebidas alcohólicas. Soy ciego desde hace algunos años a causa de un accidente y esto me priva de participar a la lucha en el frente. Les ruego me inscriban en las listas de donantes".

Previo examen del estado general y constatación serológica de la ausencia de sífilis, los donantes son clasificados por grupos. La sangre es recogida y luego transportada en refrigeradores en los trenes o en las ambulancias de evacuación, a veces en ambulancias especiales, hacia todos los frentes y hospitales de evacuación, según las necesidades de la guerra.

Para las exigencias inmediatas del frente se cuenta con la espontaneidad de un gran número de los propios elementos del servicio sanitario de guerra. Numerosos camilleros, enfermeras, médicos, que brindan sus servicios en el frente, se encuentran clasificados por grupos sanguíneos y, en los casos de extrema urgencia, el herido cuenta con el generoso donativo de esos centímetros cúbicos de sangre que han de ser su salvación.

La solidaridad internacional se ha dejado sentir también en este aspecto de la ayuda sanitaria y su bello gesto no es de menor importancia. De Francia, de Suiza, de Inglaterra y del Canadá, se ha recibido sangre, que es antifascismo, de tantos simpatizantes de la causa del pueblo español, que de esta bella forma han querido mostrar su solidaridad con el combatiente.

Más de un 60% de los donantes inscritos en las listas de los Institutos de Transfusión, son mujeres. Esa joven española, que es la esposa, que es la hija, que es la hermana, que es la novia del combatiente, está siendo madre por el dolor que las mutilaciones del frente producen en su corazón; por esa sangre que es vida, que es amor, que es triunfo, de que tan generosamente hace donativo; por esa satisfacción que traduce su sonrisa, satisfacción de madre que se presta gozosa a esa otra noble transfusión que es la lactancia...

Y es que la sangre del pueblo es una sola... La sangre que se derrama en los frentes es sangre de los hombres, de las mujeres, de los niños del pueblo español. Es sangre de un solo sistema circulatorio. Y si la herida se produce en las trincheras la sangre acude generosa de la retaguardia, impulsada por los latidos de ese solo, grande y generoso corazón que es el corazón del pueblo, a restablecer el equilibrio necesario a la vida... La energía vital de la retaguardia es solidaria del heroísmo del frente.

JUAN DEL REGATO

Los abogaditos fascistizantes

= De ANTONIO RUIZ VILLAPLANA en el libro *Doy fe...* París. 1937 =

Hallar militares, retirados o de reserva, para llenar los cuadros de los Consejos, fue tarea relativamente fácil, pero el escaso personal jurídico-militar existente en la zona ocupada, no bastaba para cubrir la gran cantidad de Tribunales que hubo de crearse. Bien prontamente se resolvió la dificultad; de la noche a la mañana los Jueces, Secretarios Judiciales, Notarios, Registradores y hasta los Catedráticos de Universidad, todo el que tuviera el título de Letrado, fue militarizado, y convertido por asimilación decretada por el Generalísimo, en Capitán o Teniente del Cuerpo Jurídico Militar, para llenar las plazas de Jueces, Fiscales y Secretarios Militares.

Hubo verdaderas batallas para no formar parte de estos Tribunales, que los profesionales llamábamos las Checas blancas, *pudiendo algunos librarnos de ello, alegando el excesivo trabajo que pesaba en el Juzgado, pero casi todos hubieron de aceptar, pues los que no lo hacían entusiásticamente eran considerados como facciosos, o al menos como tibios y separados de su carrera. En cambio, se hallaron grandes facilidades, para ocupar estos cargos entre los abogaditos jóvenes, fascistizantes y muchos de ellos hijos de personajes de la situación, quienes se precipitaban a vestir el uniforme guerrero de campaña; con ello, sin salir de la ciudad, presumían en espectacular atuendo (pistola, muñequera de balas, y capotón imponente)* de novios de la muerte, *alejándose del frente y de la trinchera, donde por razón de las quintas debieran hallarse. El batallón jurídico llegó a constituir por esta causa una unidad muy respetable.*

El caso hondureño-nicaraguense

Por AURA ROSTAND

= *Envío de la autora*. Mexico, D. F., enero de 1938 =

La cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua, que recientemente ha causado algún revuelo internacional, hizo verdadero escándalo en 1931. Era entonces presidente nicaragüense, sostenido en el poder por fuerzas de la marinería norteamericana, el general José María Moncada. Pretendía este gobernante entregarle a Honduras una faja de territorio nicaragüense como de nueve mil millas cuadradas, mediante la aprobación por el congreso de Nicaragua del tratado Irías-Ulloa, que debía poner fin a la discusión sobre límites. Así al menos aparecía el asunto en la superficie. Pero obraban otros factores, que es preciso que conozcan los pueblos hispanoamericanos.

Primero, en momentos en que el dicho tratado se presentaba al Congreso nicaragüense, Mr. Hanna, ministro de los Estados Unidos en Nicaragua, hizo unas declaraciones a la prensa del país, abogando por la aprobación del tratado. "Será —dijo— de grandes beneficios para Nicaragua. Contribuirá a la pacificación del norte del país". Esta región norteña era la limítrofe con Honduras y estaba dominada a la sazón por los ejércitos populares de Sandino. Lo que estas palabras del agente diplomático de la nación interventora significaban, es cosa evidente. Si Nicaragua cedía a Honduras la zona en disputa, Honduras cooperaría en contra del movimiento sandinista.

La palabra del ministro de los Estados Unidos tenían una fuerza que conviene señalar. El Congreso nicaragüense era dócil a Moncada y más dócil aún a la influencia norteamericana prepotente en el país por razón de los siete mil infantes de marina que habían hecho las elecciones de ese Congreso. Nadie dudaba de que el tratado Irías-Ulloa sería ratificado. Pero en el pueblo, por más que estuviese amordazado, bullía la protesta, ardía la indignación. A pesar, pues, de la consigna del Ejecutivo nicaragüense y de la declaración del ministro de Norteamérica, grupos obreros y estudiantiles hicieron demostraciones patrióticas.

El Congreso, sin perder de vista la consigna recibida, retardó su acción. Algunos congresales sintieron revivir en su corazón el deber patrio, el sentido de responsabilidad histórica. En vano se encarceló a centenares de obreros. En vano se dispersaron a bayoneta norteamericana calada las manifestaciones estudiantiles y se cerró la Universidad de Managua por abrigar actividades subversivas. La oposición al tratado arreció en el Congreso. Llegado el momento de la votación, estalló como una bomba en el seno de la legislatura la denuncia que desde Costa Rica hacía Salomón de la Selva y que subrepticiamente había circulado en el país. Y el tratado fue desechado.

Como quiera que de lo que ahora se trata es de llegar, mediante tortuosos medios, a la misma finalidad que tenía ese tratado descartado, conviene recordar lo que la denuncia hecha por De la Selva contestaba. De la Selva comprobaba documentadamente que la Louisiana Lumber Company, antigua subsidiaria de la Cuyamel Fruit Company, y por 1931 de la United Fruit Company, había obtenido de un gobierno nicaragüense, en 1926, una concesión tremenda para el dominio completo y soberano de la región en disputa; que la concesión jamás se había podido hacer efectiva, por oponerse a ello Honduras reclamando ese territorio como suyo; que la compañía norteamericana había acordado entonces con el gobierno hondureño, una concesión en iguales términos que la concedida por Nicaragua, siempre y cuando Nicaragua le cediese a Honduras esa zona; y que para el éxito de este convenio, el señor Samuel Zemurray, antiguo presidente de la Cuyamel Fruit Company, había sobornado al Ejecutivo nicaragüense.

El soborno estaba comprobado. El doctor Julián Irías, ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, firmante del tratado Irías-Ulloa desde hacía más de un año venía recibiendo un estipendio mensual de cuatrocientos dólares. De la Selva pudo presentar una carta del doctor Irías, dirigida a su intermediario con Zemurray, el doctor Félix Esteban Guandique, en la que Irías, de su puño y letra, se quejaba del retraso de una de esas mensualidades, a la vez que aseguraba el éxito del tratado y recomendaba que la suma de setenta y cinco mil dólares que Zemurray entregaría para repartirse entre el presidente Moncada, el propio Guandique y él, Irías, no le fuese dada a Moncada, por el riesgo de que éste, antes que hacer la repartición de ese dinero, se lo cogería todo.

Los datos constan en la "Carta Abierta" que De la Selva le dirigió al senador Borah, de los Estados Unidos y que se distribuyó mediante el *Repertorio Americano*, que dirige el ilustre profesor Joaquín García Monge. En Costa Rica, el propio De la Selva pidió al ministro de Nicaragua que le formulase demanda ante los tribunales costarricenses, para que setencia de corte fallara sobre la documentación que De la Selva presentaba. Bien se abstuvo de hacerlo la legación nicaragüense.

A pesar del rechazo por el Congreso de Nicaragua del tratado Irías-Ulloa, la Louisiana Lumber Company no desistiría de su propósito de lograr el dominio de la riquísima zona que sólo en apariencia se disputan Honduras y Nicaragua. No es ni Honduras ni Nicaragua quienes quieren esas tierras, ni quienes las aprovecharán. Es la Louisiana Lumber Company y los aprestos bélicos que Nicaragua y Honduras han hecho, las amenazas que se han lanzado, el peligro a la paz del continente, que han anunciado, todo eso es pura comedia. Comedia para engañar a los pueblos. Comedia para llegar, por ingerencia diplomática de países extraños, al viejo tratado desechado y a las consecuencias resultantes. En toda Hispanoamérica no habrá gobernantes más amigos que el actual de Nicaragua y el actual de Honduras. La comedia está convenida entre ellos. Las diferencias que se han inventado mutuamente les sirven para afianzarse en el poder despótico que ambos ejercen.

Prueba de la comedia es el hecho de que el delegado por Nicaragua, a quien le corresponde velar por la soberanía nicaragüense sobre la zona en disputa, es nada menos que el doctor Julián Irías, antiguo asalariado de la Louisiana Lumber Company, al mismo tiempo que era ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua y firmante del tratado desechado en 1931, por el que se le otorgaba a Honduras la región en cuestión.

Así es de triste y de miserable la política internacional centroamericana. Así es de sutilmente bárbara la política imperialista que ha reducido al coloniaje a Centroamérica. Convendría que De la Selva, que está en México, publicase aquí sus acusaciones, y que cualquiera de los gobiernos aludidos hiciera la demanda de pruebas ante un tribunal mexicano. Pues ¿dónde si no en México se podrá desenmascarar tanta villanía como la que se impone en tierras hermanas de allende el Suchiate?

A la gran declamadora Dalia Iñiguez

Que llega a Costa Rica el 13 de febrero.

= *Envío del autor* =

Todas las bocinas de oro del Viento
anuncian que vuelan las alondras de su garganta!
Danzan las palabras inoídas melódicos sones
y se asoma a su ventana el Alma!

En Dalia recoge el mar sus sollozos amargos
como en un caracol se recoge la voz de sus aguas.
En ella tiene el arcoiris su guzla y tiene
el astro su mágico espejo en Dalia!
Y la flor es ella
y ella es todo el arrullo que canta!

Nunca los mortales vieron en la Tierra
tanta magia!
Jamás los oídos de los hombres
oyeron tanta Gracia
ni supieron que pudiera estar vibrando
todo el ritmo del mundo en una garganta!

Eco celeste, novia de la nube, rocío de la tarde,
estrella de la mañana,
regazo del Ensueño,
alegría de las almas,
Dalia!

A ti vamos todos con un tirso en la mano
para saludar tu presencia aurorada!
A ti vamos con el hachón de las exaltaciones...
A ti vamos con el temblor de las cosas sagradas...
A ti vamos como si fueras el signo armonioso
de una nueva Raza!

ROGELIO SOTELA.

El Correo y las publicaciones inconvenientes

= De *La Nación*. Bs. Aires, 20 de octubre de 1937 =

La vigencia del convenio postal de Panamá hará necesario que se apresure la sanción de la nueva ley de correos a fin de articular el cumplimiento de la medida que prohibe distribuir publicaciones que atenten contra la seguridad y el orden públicos y otras de análoga inconveniencia. Como lo prevé el mismo acuerdo y como es lógico, se necesitará una legislación interna para hacer efectiva esta medida. A este respecto cabe recordar que el Poder Ejecutivo ya tuvo la previsión de incluir en el reciente proyecto disposiciones que se le refieren y que en general responden al propósito tomado en Panamá por las naciones que asistieron a la conferencia del año pasado. Pero ya tuvimos ocasión de exponer los graves defectos de la iniciativa, no en cuanto a sus fines, sino con respecto a la forma de alcanzarlos, pues a juzgar por el silencio del texto oficial ello quedaría librado a la Dirección de Correos, cosa inaceptable desde todo punto de vista. Aparte de que esta dependencia sólo puede ser considerada con capacidad técnica para el reparto de correspondencia, y, por lo tanto, no la tiene para la apreciación del carácter de los impresos que se le encarga llevar a destino, es innegable que el acto de prohibir la circulación de un periódico, un libro, o un folleto sólo puede ser realizado por la autoridad competente, es decir por la más alta de la Nación, que es el Poder Ejecutivo, en forma pública, asumiendo la total responsabilidad de la medida y permitiendo además un recurso fácil y rápido ante la justicia. De otro modo la libertad de prensa vendría a quedar sometida al arbitrio de los funcionarios postales y hasta es posible que dependiera de empleados de menor categoría, aun de jefes de pequeñas oficinas del interior, como en la práctica e ilegalmente ha sucedido algunas veces.

No insistiremos en las razones que hay sobre la necesidad de que así sea, pero añadiremos que ello debe ser establecido en la ley de manera expresa y clara y no dejado a la reglamentación, lo cual es muy importante porque, precisamente a propósito de este proyecto, se han expresado extrañas ideas que vienen a atribuir excesivo valor a las reglamentaciones. Efectivamente, hay cierta tendencia en este sentido por parte de las oficinas, que ha obligado a la justicia a declarar inconstitucionales penas o multas establecidas por simples reglamentos y que no figuraban en la ley reglamentada, como sucedió con el decreto del Poder Ejecutivo sobre las leyendas que deben llevar los vehículos que reparten petróleo o sus derivados y con ciertos recargos que se establecieron para los servicios de las Obras de Salubridad de la Nación. Si en estas ocasiones se ha podido mostrar los excesos a que se presta dicha tendencia, es natural deducir lo que sucedería en el punto que comentamos, al dejar a la voluntad del Poder Ejecutivo determinar qué funcionarios han de establecer la prohibición postal para las publicaciones inconvenientes. Podría suceder, en efecto, que un gobierno tomase a su cargo la responsabilidad, como le corresponde, pero no será suspicacia pensar que otro preferirá distribuirla entre los empleados de la dependencia, dando lugar a las consiguientes persecuciones contra el periodismo opositor e independiente.

Siendo que el convenio de Panamá incide sobre la libertad de prensa y que ésta se halla garantizada por la Constitución, la ley para el cumplimiento respectivo, como ley postal en general, tiene que ser muy precisa a fin de evitar cualquier abuso. De otra manera, se volverá a caer en el secuestro indebido de periódicos o en iniciativas tan descaminadas como aquella que pretendía fijar una responsabilidad pecuniaria a los corresponsales periodísticos. Además es claro que mientras no se dicte una ley con tales requisitos no podrá tampoco cumplirse el convenio de Panamá en la parte comentada, que precisamente prevé su necesidad.

La hija novelera

= De *ALFONSO REYES*, en *Las Vísperas de España*. Edicns. *Sur*. Bs. Aires, 1937 =

—¡No poder salir por esas calles vestido de Around-al—Raschid!—me dice Ortega y Gasset en un rapto de espontaneidad.

Y en verdad, mal haya ese realismo prudente que sólo os permite mostrarme la mitad de la cara. Obligado está, quien vive entre cautos, a girar en derredor de ellos con todo el recato de la luna, que sólo nos deja ver su hemisferio muerto, su hemisferio convencional. Y ¿quién duda que lo mejor se lo deja en el hemisferio invisible?

Personalidad es elección. La elección supone variedad y supone contradicción. Donde no hay un sí y un no, ¿cómo escoger? Donde se os impone un hábito externo de conducta, no hay, por cierto, personalidad. Y todo nuevo hábito es, en principio, una locura.

Y mi corazón ha estado siempre con el que inventa un hábito nuevo, un nuevo ensayo biológico que imprima, para siempre, una transformación en la especie. Bernard Shaw habla con deleite de las agitaciones domésticas producidas en una familia burguesa y amiga del encierro, por una hija que sale aficionada al teatro y a los espectáculos. Para estas gentes tenemos una frase rancia y sabrosa: la hija les salió novelera. *De hoy más, no habrá quietud en la casa; señor padre descuidará su reuma y señora madre tendrá que abandonar la cocina. ¡Oh, ráfaga salutífera, oh aire fresco!* La hija les salió novelera. *El golpe del viento ha abierto de pronto la ventana. (Fuga de microbios por los rincones. No nos cabe el corazón de alegría).*

Hay que ser descontentadizos y exigentes; sólo renovándonos vivimos. El modisto de la Rue de la Paix sabe que el amor se disolvería si él no inventara, para nuestras mujeres, el nuevo modelo de la estación. Por la Castellana, a la hora más vaga de la tarde, flotan unas figuras ligeras de mujer: todas vestidas con las exigencias de la estación, todas renovadas por la primavera, parecieran recién llegadas, recién exhaladas al mundo, nuevas y nunca vistas. Esas no son, ésas no son las mujeres del otoño ni del invierno: son unas mujeres traídas por la primavera y por el verano, nacidas de sus flores. Sin ellas se acabaría el amor. Sin ánimos nuevos de locura, pararía la tierra, cerrarían sus ojos las estrellas. ¡Las estrellas! A riesgo de que se adormezcan, hay que sorprenderlas todas las noches con iluminaciones nuevas.

—Un nuevo escalofrío has inventado— decía Víctor Hugo a Baudelaire. No se puede hacer mayor elogio.

Inventad un nuevo escalofrío. ¡Ea! Valor de locura, que nos morimos! Esta noche, al volver a casa, romped dos o tres jarros de flores, ordenad que abran las ventanas y enciendan a incendio todas las luces. Y cuando el ama, toda azorada, os pregunte qué fiesta es ésa, le diréis:

—Hoy celebra un nacimieno mi alma: ¡le ha nacido, le ha nacido una hija novelera!

Un novel candidato al Premio Nobel...

(*Viene de la última página*)

ta injusta y sólo se explica como propulsada gracias a un rasgo de agradecimiento de las tendencias reaccionarias hacia sus colaboradores.

c) ¿Qué dirán los amigos del *Osservatore Romano* y de la Italia fascista de la campaña de nuestro canciller en pro del señor Cordell Hull para que se le distinga con el premio Nobel de la Paz?

d) Al manifestar el señor Canciller *tico*, en sus declaraciones de *Diario de Costa Rica*, que 'ese título y premio sean conferidos a quien, como el excelentísimo Cordell Hull, puede ostentar más altos méritos que los que en rigor de justicia me corresponden", nos permite corroborar con sus propias palabras la conclusión *d*), puesto que esto significa asumir manifiesta superioridad a quien se ha definido y actúa como antifascista consecuente e internacionalista que ve el peligro donde realmente está. Esta justísima apreciación del canciller, es digna de toda loa.

e) No estimamos, ante las contradicciones expuestas, como suficiente mérito —en lo que diferimos del *Osservatore Romano*—el haber mediado entre dos tiranías fascistizantes indo-americanas para evitar un pretendido conflicto bélico, que en el fondo no es más que una alianza concertada contra las legítimas aspiraciones de dos pueblos que luchan en pro de mayor libertad y justicia social, siendo la tal farsa un juego en beneficio de los depauperadores imperialismos. Conste claro, que no recriminamos la mediación en sí, como tendencia "pacifista", sino el no haber empleado "el fino tacto de quien es versado en Derecho Internacional y la prudencia de un ilustrado estadista" —según cable de Italia— en comprender realmente el fondo del *negocio* y los intereses que se debatían en su seno.

Nuestra mente de 'jóvenes" está incapacitada para sintetizar tan "maduras" contradicciones. ¿Podría explicárnoslas el señor Zúñiga Montúfar, canciller costarricense y candidato al premio Nobel de la Paz?

LUIS FELIPE MAYORGA
Y OSCAR BARAHONA STREBER

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.00
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York



Danse Congo

Por Alexander King

Un novel candidato al Premio Nobel de la Paz...

= *Envío de los autores. San José de Costa Rica, y enero de 1938* =

El *Osservatore Romano*, órgano del Vaticano y vocero de la Italia fascista, recoge las indicaciones de algunos representantes de países centro-europeos en Costa Rica y, haciéndolas suyas, lanza a nuestro canciller Zúñiga Montúfar como candidato al premio Nobel de la paz. Al respecto nos permitimos hacer algunas acotaciones.

1) El señor Zúñiga Montúfar con "el fino tacto de quien es versado en Derecho Internacional y con la prudencia de un ilustrado estadista", ha mantenido al pueblo costarricense en una situación, a todas luces, equívoca frente al caso español. El Gobierno Republicano español, nacido de las convicciones populares y democráticas españolas expresadas en los comicios, está reconocido como legítimo por Inglaterra, Francia, México y otras democracias, entre las cuales hay que contar en primera línea la de los Estados Unidos de América, según expresión reiterada del Departamento de Estado presidido por el señor Cordell Hull, a quien nuestro Gobierno, por medio del señor Zúñiga Montúfar, propone también para el premio Nobel de la paz. En el caso español no hay dilema, pues no hay necesidad de reconocer al actual gobierno encabezado por Azaña, ya que no se han interrumpido las relaciones con el mismo: limitarse a guardar "neutralidad", significa apoyar a un grupo de insurrectos armados —no importa el número— y reconocerlos indirectamente como expresión auténtica de España. De paso cabe recordar el recibimiento oficial hecho a Ginés de Albareda y la negación de las credenciales extendidas a favor de don Antonio de la Villa y Gutiérrez por el Gobierno español, como corroboración de lo dicho. No es actitud "pacifista" la de los cancilleres "imparciales" ante el caso español, pues obrar así equivale a fomentar la *guerra*, negándole el apoyo moral a un pueblo que lucha por mantener y perfeccionar la democracia, que no de otra manera se explica la duración de la contienda en leales de un lado, facciosos y extranjeros del otro. Sin embargo, como la razón predomina a la larga. Teruel, Belchite y victorias subsiguientes, están demostrando que —a pesar de la negación tácita de apoyo por parte de ciertas naciones indo-americanas— se ha podido estructurar un ejército que vindique el derecho de gentes o internacional. Precisamente los postulados de éste hablan de neutralidad cuando se trata de conflictos entre dos o más naciones. Para guardar 'neutralidad" en el caso español, hay que reconocer oficialmente el mismo como una lucha internacional, o sea, agresión de ciertos regímenes contra un gobierno legítimo. De lo contrario, se estará haciendo una interpretación exprofeso para tal concepto, adecuada sólo para explicar ciertos malabarismos. Asimismo, es extraño a un "pacifista" el mantenimiento de este estado de cosas que puede redundar a la larga en perjuicio de nuestra pequeña nacionalidad, la que ha basado siempre sus actuaciones en el Derecho y no en manifestaciones de fuerza, puesto que carecemos de Capronis, de submarinos sin bandera y de barcos piratas, con los cuales mantener nuestra "neutralidad", además de que tal antecedente negaría ejecutorias al Gobierno costarricense para pedir auxilio y apoyo en caso de una invasión extranjera.

2) Italia fascista, gracias a su potencialidad militar únicamente, guarda respecto al Gobierno legítimo de España una "neutralidad" a base de bombardeos y masacres, tan propias de la reacción. El Gobierno de Costa Rica, inconsecuente con la representación democrática que ostenta, ayuda de modo indirecto —lo que no disminuye su responsabilidad— a la actitud de Mussolini y los suyos. ¿Merecerá el premio Nobel de la Paz quien así ayuda a la guerra?

3) Roosevelt en nombre de la democracia norteamericana ha lanzado públicas invectivas contra el fascismo agresor, secundado brillantemente por el señor Cordell Hull, hecho que reconoce nuestro canciller al referirse en *Diario de Costa Rica* del 4|2|38, así:

"Numerosas cancillerías de América, entre las que se cuenta la nuestra, han apoyado un movimiento para que el premio Nobel se le otorgue al excelentísimo Mr. Cordell Hull, secretario de Estado del Gobierno de Washington, quien ha patrocinado y propulsado la política pacifista que los Estados Unidos desarrollan en América, condensada en hechos tan elocuentes como lo fueron las conferencias para la consolidación de la Paz en Buenos Aires —secundando la declaración de principios del Excmo. Presidente de los Estados Unidos. Mr. Franklin D. Roosevelt..."

Sabido es que uno de los principios básicos para el mantenimiento de la Paz, lo fija Roosevelt, el Demócrata, en el ataque y desconocimiento de la política agresora de la barbarie fascista, cuyo punto culminante es el caso español. ¿Cómo compagina el señor Zúñiga Montúfar la actitud de nuestro Gobierno frente al doloroso conflicto español y que se trata de llamar "neutral", con su petición reiterada del premio Nobel para el señor Cordell Hull, uno de los abanderados del antifascismo en el mundo? La causa del antifascismo y de la democracia es universal y al colocarse dentro de ella un Roosevelt y un Cordell Hull, están al lado del pueblo español y se constituyen automáticamente en sus genuinos representantes y por ende, en defensores de la paz y del progreso. Y al pedirse semejante distinción para el Secretario del Departamento de Estado, tácitamente se la exige para el Gobierno legítimo español, quien no recibe por otra parte, sino actitudes equívocas de nuestros estadistas.

Conclusiones:

a) La postulación del señor Cordell Hull es justa, pues su actitud *pacifista* nunca se ha desmentido y sus actuaciones internacionales han sido siempre consecuentes y sin contradicciones.

b) Caso opuesto, nuestro canciller secunda a los demócratas norteamericanos por una parte, y por la otra, persiste en su política de "imparcialidad" frente a una España que lucha contra el fascio, lo que equivale a fomentar la *guerra*. La postulación del señor Zúñiga Montúfar es desde todo punto de vis-

(*Pasa a la página anterior*)

Imprenta Borrase Hermanos